



Universidad
de La Laguna

Escuela de Doctorado
y Estudios de Posgrado

TÍTULO DE LA TESIS DOCTORAL

Correlatos cognitivos y comportamentales de la violencia observada en los progenitores.

AUTOR/A

JOSE MANUEL

YANES

CEDRES

DIRECTOR/A

MARIA ROSAURA

GONZALEZ

MENDEZ

CODIRECTOR/A

DEPARTAMENTO O INSTITUTO UNIVERSITARIO

FECHA DE LECTURA

30/10/15

Tesis Doctoral

**Correlatos cognitivos y
comportamentales de la violencia
observada en los progenitores**

José Manuel Yanes Cedrés

Programa de Doctorado de Psicología Clínica y de la Salud

Universidad de La Laguna

Directora de la tesis:

Dra. Rosaura González-Méndez

Departamento de Psicología Cognitiva, Social y Organizacional

2015

Universidad de La Laguna

Facultad de Salud (Sección Psicología)

Departamento de Psicología Cognitiva, Social y Organizacional

Dra. Rosaura González Méndez, Profesora Titular de Psicología Social en el Departamento de Psicología Cognitiva, Social y Organizacional, como directora de la Tesis Doctoral: Correlatos cognitivos y comportamentales de la violencia observada en los progenitores, realizada por D. José Manuel Yanes Cedrés.

CONSIDERA que dicha Tesis Doctoral reúne las condiciones de rigor científico, originalidad y elaboración para su defensa.

La Laguna a 1 de septiembre de 2015

Fdo.: Rosaura González Méndez

Agradecimientos

Agradezco enormemente el apoyo y la ayuda de toda la gente buena que me he ido encontrando por el camino de esta tesis. Personas que me han aconsejado, aguantado, calmado y guiado, y para las que no tengo suficientes palabras de gratitud. Son muchas, nunca demasiadas. Ellos saben quiénes son y yo sé dónde están.

Especialmente, me gustaría agradecer a mi directora de tesis, Rosaura, que aguantó pacientemente mis indecisiones, empujó cuando decaía y confió en mí en los momentos más oscuros. A ella le dedico este trabajo.

A Luís Vilela, me gustaría agradecerle muchas cosas. Básicamente, que de mayor quiero ser como él. Un espejo donde mirarme.

A Juanma y a Wendy, por soplar de nuevo los rescoldos.

A Marta, mi mujer, por ayudarme sabiamente en la distancia. Por saber lo que necesitaba.

Índice

Introducción	1
1. La violencia familiar y sus consecuencias en los hijos e hijas	3
1.1. Consecuencias del abuso y la negligencia	
1.2. Consecuencias de la observación de la violencia de los progenitores	4
1.3. La hipótesis de la transmisión intergeneracional de la violencia	5
2. Objetivo general	7
3. Análisis de diferentes correlatos cognitivos asociados a la observación de la violencia en los progenitores	8
3.1. Yanes, J. M. y González, R. (2000). Correlatos cognitivos a la experiencia de violencia interparental. <i>Psicothema</i> , 12, 41-48.	9
3.2. Conclusiones del estudio 1	17
4. El papel de la responsabilidad atribuida a los progenitores en la transmisión de la violencia observada en los progenitores	18
4.1. Yanes, J. M. y González, R. (2001). ¿De tal palo tal astilla? Violencia marital y responsabilidad de los progenitores. <i>Revista de Psicología Social</i> , 16, 243-249. doi: 10.1174/021347401317351161	19
4.2. Conclusiones del estudio 2	27
5. La selección de pareja como mecanismo facilitador de la transmisión de la violencia	28
5.1. Gonzalez-Mendez, R., Yanes, J. M. y Ramírez-Santana, G. (2015). Witnessing partner violence: Exploring the role of partner preferences on dating violence. <i>Journal of Interpersonal Violence</i> . doi: 0.1177/0886260515588533	30
5.2. Conclusiones del estudio 3	45
6. Discusión general	46
7. Conclusiones generales	50
Referencias	53

Introducción

A lo largo de varias décadas, la investigación ha confirmado que la observación de violencia de los progenitores aumenta el riesgo de ejercer o sufrir violencia en las relaciones de pareja, una vez alcanzada la adolescencia (Kaukinen, 2014; Temched et al., 2008; Vagi et al., 2013). Sin embargo, también se ha podido comprobar que este tipo de experiencias no conducen necesariamente a la transmisión de la violencia de una generación a la siguiente (DelSol y Margolin, 2004).

Esta tesis reúne varios trabajos dirigidos a dar respuesta a un mismo problema, esto es, qué lleva a algunas personas a reproducir en sus propias relaciones la violencia observada en sus progenitores (ya sea como agresores o como víctimas), mientras otras se muestran resilientes. A través del análisis de distintos correlatos cognitivos y comportamentales, esta tesis explora dos vías que pueden ayudar a explicar tales diferencias. Por un lado, el papel que juega en dicho proceso la interpretación de la violencia observada (estudios 1 y 2). Por otro, cómo la elección de parejas conflictivas puede hacer más probable la violencia/victimización entre quienes han estado expuestos a un entorno familiar violento (estudio 3).

En el primer estudio, analizamos si la interpretación de los conflictos maritales varía en función del nivel de violencia que los y las adolescentes han observado en sus progenitores, así como de las creencias respecto a las mujeres. Más concretamente, el estudio pretende demostrar que las estimaciones de responsabilidad, frecuencia y gravedad de diversos conflictos hipotéticos difieren significativamente tanto en función del nivel de violencia observada como de las creencias.

El segundo estudio analiza el riesgo de agresión hacia la pareja que se asocia al nivel de violencia observado en los progenitores y a la responsabilidad atribuida a los mismos. Se pretende confirmar así que la interpretación de los conflictos parentales tiene mayor peso predictivo que el nivel de violencia observada a la hora de predecir la violencia en las relaciones adultas. En este caso, el nivel de violencia observada y las interpretaciones se miden en los participantes, mientras que la información sobre el nivel de violencia hacia sus parejas se mide a través de estas últimas.

Finalmente, el tercer estudio examina si el tipo de pareja elegida podría moderar la relación entre violencia observada en los progenitores y la violencia ejercida/sufrida en una muestra de adolescentes. Más concretamente, se analiza la relación entre la preferencia por rasgos que implican riesgo (v.g. celos, rebeldía, etc.), los estilos de apego y el nivel de violencia/victimización en adolescentes que han observado, o no, la violencia de sus progenitores.

1. La violencia familiar y sus consecuencias en los hijos e hijas

La investigación que analiza las consecuencias sobre los hijos e hijas de la violencia familiar ha seguido dos líneas principales (Lloyd, 2013; Kerley, Xiaohoe, Sirisunyaluck y Alley, 2010; Holt, Buckley y Whelan, 2008). Por un lado, una serie de estudios que se han ocupado de analizar las repercusiones de distintas formas de abuso y negligencia infantil en el seno de las familias (Widom, Czaja y Dutton, 2014). Por otro, aquellas investigaciones que han analizado las consecuencias de la observación de la violencia de los progenitores como pareja, coincidiendo o no con alguna forma de victimización por parte de los hijos e hijas (Menarda, Weiss, Franzeseb y Covey, 2014).

1.1. Consecuencias del abuso y la negligencia

Aunque la definición de maltrato infantil es todavía objeto de debate debido a la dificultad de conciliar las valoraciones médico/psicológicas y los juicios legales y sociales (Lloyd, 2013), esta primera línea de investigaciones ofrece numerosos datos sobre las consecuencias de distintas formas violencia (Davies y Cummings, 1994; Stith et al., 2009; Wekerle y Wolfe, 2003; Wilson, Rack, Shi y Norris, 2008). En comparación con quienes no han estado expuestos a violencia, los niños y niñas que han sufrido maltrato tienden a presentar déficits cognitivos, dificultades académicas, apego inseguro, pobre autorregulación, baja competencia social, así como distintos comportamientos externalizantes o internalizantes. De igual forma, se tiene constancia de numerosas consecuencias negativas a lo largo plazo, que van desde elevados niveles de dependencia emocional y distintos problemas psicológicos hasta comportamientos antisociales. La negligencia ha sido menos estudiada, debido a la dificultad de distinguir operativamente la falta de cuidado de los efectos de los derivados de ciertas condiciones familiares como la pobreza (Lloyd, 2013). Sin embargo, la negligencia ha sido asociada de forma consistente con menor competencia social y académica, comportamientos externalizantes e internalizantes, apego inseguro, etc. (Stith et al., 2009). En cuanto al abuso sexual, la evidencia acumulada indica que puede acarrear graves consecuencias para el bienestar físico y psicológico, especialmente cuando es grave y prolongado, se ha usado la fuerza, el perpetrador es el padre o una figura paterna, la familia responde negativamente, etc. (Barnett, Miller-Perrin y Perrin, 2005).

Por otro lado, el abuso y la negligencia también tienen consecuencias sobre las relaciones íntimas que los hijos e hijas establecen durante la adolescencia y la vida adulta. En este sentido, el riesgo de construir relaciones disfuncionales y conflictivas es alto, aunque no afecta a todas las personas que han sufrido estos problemas (Colman y Widom, 2004). Una de las consecuencias que mayor atención ha recibido es el riesgo de sufrir o ejercer violencia contra la pareja, una vez llegada la adolescencia o la vida adulta (Kaukinen, 2014; Temched et al., 2008; Widom et al., 2014), lo que conecta con la segunda línea de investigación antes mencionada. Así, por ejemplo, se ha constatado que las mujeres que han sufrido abuso y/o negligencia tienen más riesgo de sufrir violencia por parte de sus parejas (Widom et al., 2014).

1.2. Consecuencias de la observación de la violencia de los progenitores

La segunda línea de investigación a la que hacíamos mención se ha ocupado de analizar la relación entre la observación de la violencia y distintos problemas cognitivos, emocionales y comportamentales (*witnessing partner violence*). Los primeros trabajos se centraron casi exclusivamente en estudiar la agresión y otros comportamientos externalizantes, pero posteriormente se ha podido demostrar la asociación entre dicha experiencia y comportamientos internalizantes (Kitzmann, Gaylor, Holt y Kenny, 2003). En este sentido, la observación de la violencia afecta a la reactividad fisiológica y a la habilidad para regular las emociones, lo que se asocia a mayor irritabilidad e indefensión (Cummings, El-Sheikh, Kouros y Buckhalt, 2009). Esto explica que los niños y niñas que han observado la violencia de sus progenitores tengan mayor probabilidad de mostrar comportamientos agresivos, conducta oposicional, abuso de sustancias, problemas escolares, menor empatía y competencia social, mayor nivel de ansiedad, depresión, etc. (Barnett et al., 2005; Finkelhor, Ormond y Turner, 2009; Margolin y Gordis, 2000; Werry, Medford y Corson, 2015).

Por otro lado, la violencia parental observada puede asociarse a otras formas de victimización (Hamby, Finkelhor, Turner y Ormrod, 2010). A este respecto, Kitzmann et al. (2003) concluyeron, tras realizar un meta-análisis, que las consecuencias negativas de la violencia observada en los progenitores son similares a las provocadas por el maltrato infantil, pero mayores que las derivadas de la presencia de la conflictividad familiar. Lo que sugiere que es la violencia la que tiene más probabilidades de alterar el desarrollo de los hijos e hijas.

Dentro de esta segunda línea, la atención se ha centrado principalmente en las consecuencias que tiene la observación de violencia sobre las propias relaciones de pareja. Aspecto este, del que nos hemos ocupado en esta tesis.

1.3. La hipótesis de la transmisión intergeneracional de la violencia

La hipótesis de la transmisión intergeneracional de la violencia familiar fue propuesta para explicar el riesgo detectado de que los niños que sufrían abuso físico y/o presenciaban la violencia de sus progenitores se convirtieran en agresores en sus propias relaciones de pareja (Straus, Gelles y Steinmetz, 1980). Igualmente, se relacionó con las dificultades de las mujeres que provenían de familias violentas para abandonar las relaciones en las que sufrían abuso (Doumas, Margolin y John, 1994). En un principio, la repetición de patrones se explicó desde la teoría del aprendizaje social, postulando la imitación de aquellos comportamientos observados en el seno de las familias. No obstante, poco a poco resultó evidente que el proceso era más complejo de lo que se había pensado, y que los hijos e hijas no eran meros receptores de lo que observan en sus hogares. En esta línea, la revisión realizada por DeSol y Margolin (2004) contribuyó a demostrar que las diferencias detectadas en las tasas de transmisión de unos estudios a otros se debían fundamentalmente al tipo de muestras analizadas. Así, mientras la transmisión se aproximaba al 30% en los varones de la comunidad, podía superar el 60% en muestras identificadas.

A partir de aquí, ha ido creciendo el interés por analizar distintos factores cognitivos que pudieran contribuir a incrementar o disminuir el riesgo de transmisión. O'Hearn y Margolin (2000), por ejemplo, encontraron que las actitudes hacia la violencia moderaban la relación entre la violencia observada por los varones en sus familias de origen y la violencia ejercida contra sus parejas. De esta forma, concluyeron que la transmisión intergeneracional sólo se producía de forma significativa entre aquellos hombres que justificaban el uso de la violencia.

Coincidiendo con este planteamiento, iniciamos varios estudios dirigidos a tratar de comprender por qué algunas personas reproducen la violencia observada en sus propias relaciones, ya sea como agresores o como víctimas, mientras otras parecen resilientes. Dichos trabajos se organizan en torno a dos vías diferentes que permitirían explicar tales diferencias. Por un lado, nos propusimos demostrar que, aunque la violencia observada en los progenitores

pueda dejar huella en la forma de interpretar los conflictos con la pareja, dicha huella debe de ser diferente en las personas que reproducen la violencia observada y las que no. Por otro, queríamos explorar la elección de pareja como vía que incrementa el riesgo de violencia/victimización entre aquellas personas con mayor predisposición debido a su experiencia en su entorno familiar.

2. Objetivo general

El objetivo general de esta tesis ha sido analizar distintos correlatos cognitivos y comportamentales en jóvenes que difieren en el nivel de violencia observada en sus progenitores. A través de estos correlatos, la tesis explora dos vías diferentes que pueden ayudar a explicar por qué algunas personas repiten la violencia observada (como víctimas o como agresores) y otras no. En la figura 1 se describen los objetivos específicos de cada estudio.

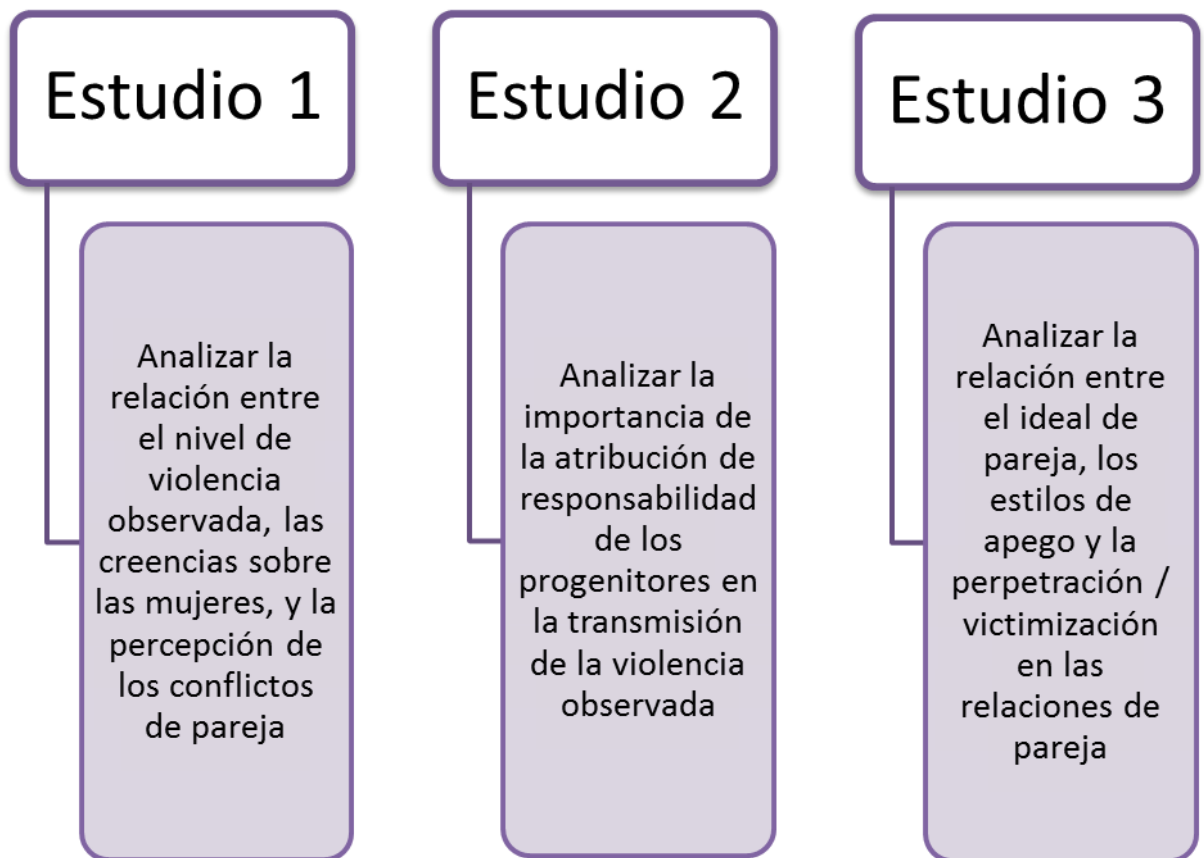


Figura 1. Secuencia de estudios publicados en la tesis

3. Análisis de diferentes correlatos cognitivos asociados a la observación de la violencia de los progenitores

En este primer estudio, nos planteamos comprobar si los adolescentes que habían observado mayor nivel de violencia en sus progenitores (*witnessing partner violence*) diferían en su interpretación de distintos conflictos de pareja hipotéticos. De igual forma, queríamos comprobar si estas interpretaciones variaban también en función de sus creencias sobre las mujeres. Para ello, medimos sus estimaciones de frecuencia y gravedad de los conflictos, así como sus atribuciones de responsabilidad hacia cada uno de los miembros de las parejas.

Objetivo: Analizar la relación entre el nivel de violencia observada en los progenitores, las creencias acerca del papel social y familiar de la mujer, y la percepción de los conflictos de pareja (estimaciones de responsabilidad, frecuencia y gravedad).

Hipótesis 1. Los participantes con mayor nivel de exposición a la violencia de los progenitores percibirán más responsabilidad, frecuencia y gravedad respecto a los conflictos que aquellos que han tenido menor nivel de exposición.

Hipótesis 2. Los participantes con creencias más tradicionales acerca de las mujeres percibirán más responsabilidad, frecuencia y gravedad respecto a los conflictos que aquellos menos tradicionales.

3.1. Yanes, J. M. y González, R. (2000). Correlatos cognitivos a la experiencia de violencia interparental. *Psicothema*, 12, 41-48.

Correlatos cognitivos asociados a la experiencia de violencia interparental

José Manuel Yanes Cedrés y Rosaura González Méndez
Universidad de La Laguna

Esta investigación analiza la relación existente entre el nivel de violencia interparental al que se han visto expuestos los participantes, sus creencias acerca del papel social y familiar de la mujer, y sus respuestas ante diversos conflictos de pareja (estimaciones de responsabilidad, frecuencia y gravedad). Para ello, se elaboraron tres instrumentos que fueron presentados a 176 estudiantes de FP (98 mujeres y 78 varones). Los resultados confirman la existencia de diferencias significativas en los juicios de los sujetos en función tanto del nivel de violencia experimentado como de sus creencias. Se discute la implicación de estos datos con relación al proceso de transmisión intergeneracional de la violencia marital.

Relation between exposure to interparental violence and cognitive correlates. This research tests the relation between level of exposure to marital violence among the subjects, their beliefs about women and their response to several couple's conflicts (estimates of responsibility, frequency, and severity). We developed three instruments that were answered by one hundred and seventy six students of technical schools (98 females and 78 males). Results showed, as we expected, significant differences in the subject's estimates as a function of their level of exposure to violence and their beliefs. The meaning of these results with relation to the process of intergenerational transmission of violence is discussed.

La creciente preocupación social por las manifestaciones de violencia familiar está llevando a los medios de comunicación a ocuparse de las agresiones domésticas con cierta frecuencia. Esta situación, sin duda deseable, encierra también algunos peligros. De hecho, es frecuente la difusión de afirmaciones que, a pesar de carecer de suficiente apoyo empírico, tienen consecuencias negativas importantes en la vida de numerosas personas (*vid.* Kaufman y Zigler, 1993). Se ha llegado a defender, por ejemplo, que el alcohol y las drogas son la principal causa de la violencia; que el maltrato ocurre fundamentalmente en familias con escasos recursos económicos y culturales; o que los hijos que crecen en ambientes familiares violentos se convierten, a su vez, en padres y/o cónyuges agresivos (Gelles y Corner, 1990). De todas estas afirmaciones, es esta última la que mayor interés teórico ha suscitado, y la que va a centrar nuestra atención en este artículo. En concreto, nos ocuparemos de la posible repetición de la violencia de pareja.

La hipótesis de la transmisión intergeneracional de la violencia familiar fue propuesta en los primeros trabajos de investigación que se realizaron en la década de los sesenta. En un primer momento, el interés se centró exclusivamente en el maltrato infantil y en sus efectos sobre los hijos, una vez llegada la edad adulta. Con-

cretamente, y con relación al ámbito familiar, se ha venido analizando tanto la posible transmisión del abuso infantil como el futuro comportamiento violento hacia la pareja. A finales de los setenta, coincidiendo con el desarrollo del movimiento feminista, los investigadores comenzaron a interesarse también por la violencia marital, lo que ha promovido el estudio de los efectos a largo plazo de la observación de agresiones entre los padres.

Ahora bien, el esfuerzo dedicado a estudiar el hipotético proceso de transmisión ha dado escasos frutos hasta el momento, debido a que la investigación ha tropezado con diversas dificultades.

Por un lado, la mayor parte de los estudios sobre violencia familiar presentan problemas metodológicos importantes (Barnett, Miller-Perrin y Perrin, 1997; Reiss y Roth, 1993; Widom, 1989). Los datos sobre transmisión se apoyan, fundamentalmente, en estudios de casos, investigaciones retrospectivas o con muestras no representativas, sin grupos de control, etc. Tales dificultades se han visto potenciadas por el carácter íntimo del problema, y por la escasa integración de las aportaciones que realizan los especialistas de diferentes áreas (Gelles, 1993). En general, se ha dedicado demasiado tiempo a estimar la incidencia de la transmisión, y poco a estudiar bajo qué condiciones se produce la misma. De hecho, sólo recientemente, los investigadores han logrado ponerse de acuerdo para afirmar que la exposición a episodios de violencia interparental durante la infancia constituye un elemento de riesgo importante, pero no un antecedente necesario o suficiente para la violencia adulta (Kaufman y Zigler, 1993; Widom, 1989). En este sentido, se ha señalado la necesidad de investigar las condiciones que se asocian a la ruptura del «ciclo de la violencia» en sus di-

versas manifestaciones. Egeland (1993), por ejemplo, ha encontrado que las madres que no repiten el maltrato con sus hijos suelen presentar, entre otras peculiaridades, la de haber logrado interpretar su propia experiencia de forma coherente, asumiendo la necesidad de utilizar pautas distintas a las empleadas por sus progenitores. Este resultado sugiere que la atribución juega un papel importante en el proceso de transmisión, y que requiere mayor interés por parte de los investigadores. De hecho, la relación entre atribución y violencia familiar ya ha sido descrita en algunos trabajos (*vid.* Cantos, Neidig y O'Leary, 1993; Weiner, 1995). Así, por ejemplo, se sabe que los maridos violentos suelen atribuir más responsabilidad y culpa a sus mujeres que los no violentos; aunque tengan el mismo nivel de insatisfacción marital que estos últimos (Holtzworth-Munroe y Hutchinson, 1993), y que algo similar ocurre con los padres que maltratan a sus hijos. Por otro lado, se ha constatado también que las mujeres que han sido objeto de agresiones durante su infancia tienden a autoinculparse más por las agresiones maritales; y que las atribuciones de ambos miembros de la pareja cambian en función de la gravedad y frecuencia de los episodios de violencia.

Un segundo factor que ha limitado el avance respecto al problema de la transmisión intergeneracional de la violencia familiar es el escaso desarrollo teórico de este campo. Concretamente, la investigación psicológica sobre transmisión de la violencia marital ha estado guiada, casi exclusivamente, por la teoría del aprendizaje social (Bandura, 1973). Desde esta perspectiva, se asume que los hijos imitan la conducta de sus padres ante los conflictos, y desarrollan actitudes favorables al uso de la violencia como forma de resolver los problemas de pareja. En esta línea, gran parte de la investigación ha estado orientada por la hipótesis de Kalmuss (1984), que defiende cierto isomorfismo entre el tipo de conducta observada en la infancia y el esquema relacional que deriva de ella en la edad adulta. De hecho, algunos trabajos han podido confirmar que haber sido testigo de las agresiones interparentales tiene mayor poder predictivo respecto a la futura violencia en pareja que haber sufrido malos tratos. No obstante, la unión de ambas circunstancias constituye un factor predictivo aún más potente (Hotaling y Sugarman, 1986; MacEwen, 1994).

Los teóricos del aprendizaje social, y otros investigadores sociales, se han interesado también por la transmisión de actitudes y creencias relativas a los roles de género, así como sus consecuencias sobre la violencia marital. En este sentido, se ha encontrado que la observación de violencia entre los padres favorece la aprobación masculina de la violencia marital (Stith y Farley, 1993). Asimismo, también existe evidencia de que los varones con actitudes más conservadoras respecto a las relaciones de género tienen más probabilidad de manifestar conductas violentas en pareja (Briere, 1987).

Con todo, los datos existentes ponen de manifiesto que el proceso de transmisión no es tan simple como se desprende de esta perspectiva teórica. Las conductas y las actitudes de los padres no se imitan sin más, y algunas variables juegan un papel modulador importante. Así, la repetición parece depender de la frecuencia y gravedad de la violencia observada, pero también del género del observador y del modelo, del tipo de rol jugado en la violencia marital adulta (agresor/a o víctima), y del tipo de implicación en la violencia de los padres (observación y/o ser objeto de maltrato) (Barnett *et al.*, 1997).

Otro modelo teórico con gran peso en la investigación sobre transmisión del maltrato infantil, que ha empezado a ser aplicado

a la violencia marital, es la teoría del apego (Bowlby, 1980). Desde esta perspectiva, los investigadores suponen que los niños desarrollan modelos relacionales internos, relativamente estables, a través de la interacción con sus padres o cuidadores. Y que, posteriormente, utilizan dichos modelos como guías en su relación con otras personas, hasta el punto de afectar a su vida adulta (*vid.* Feeney y Noller, 1996). En este sentido, Barnett, Martínez y Bleustein (1996) proponen que la exposición a violencia en la infancia podría favorecer un estilo de apego dependiente y celoso, que precipitaría la agresión marital.

Aunque la traslación de esta perspectiva al ámbito de la violencia marital es prometedora, tanto ella como la teoría del aprendizaje social muestran una misma debilidad que constituye, en nuestra opinión, el tercer factor que limita el avance de la investigación sobre transmisión. En este sentido, entendemos que ambas teorías presentan un modelo de ser humano pasivo, y con escasos recursos para defenderse de las consecuencias de su experiencia temprana. Este hecho, ha provocado que la mayoría de los trabajos de investigación hayan interpretado la hipótesis de la transmisión de forma determinista. Asimismo, y aunque ambas perspectivas reconocen la importancia de los factores cognitivos implicados en el aprendizaje y en la vinculación afectiva, ninguna de ellas ha estimulado su análisis con relación a la transmisión, por considerarlo un proceso casi automático. Desde nuestro punto de vista, sin embargo, los hijos no se limitan a copiar las estrategias de resolución de conflictos que observan en sus padres, sino que someten su experiencia a un proceso de construcción. Por lo tanto, no basta con buscar factores externos al individuo, de carácter compensador, que frenen la transmisión (v.g. Belsky, 1993). Es necesario analizar también el propio proceso de construcción de la experiencia pasada para encontrar las claves que nos permitan entender por qué algunos individuos repiten las pautas de violencia observadas y otros no.

Esta investigación es sólo un primer paso en esta línea. Nuestro propósito es analizar si los individuos con diferentes niveles de exposición a la violencia interparental manifiestan también diferencias en su forma de interpretar los conflictos maritales. Asimismo, exploraremos la relación existente entre sus creencias acerca del papel social y familiar de las mujeres y dichas interpretaciones.

Objetivo e hipótesis

El objetivo concreto de esta investigación es analizar la relación existente entre el nivel de violencia interparental al que se han visto expuestos los hijos (primera variable predictiva), sus creencias acerca del papel de la mujer (segunda variable predictiva), y sus interpretaciones sobre distintas situaciones hipotéticas de conflicto marital (tales interpretaciones se medirán a través de la responsabilidad atribuida a cada uno de los personajes implicados, así como de las estimaciones de frecuencia y gravedad relativas a los distintos conflictos). Estas cuatro medidas constituyen las variables criterio.

En cuanto a las hipótesis, esperamos que los participantes con mayor nivel de exposición a la violencia interparental perciban en los conflictos de pareja más responsabilidad, frecuencia y gravedad que aquellos otros con menor nivel de exposición. Asimismo, esperamos estimaciones de responsabilidad, frecuencia y gravedad más elevadas entre los sujetos con una visión más tradicional que entre los que defienden una visión menos tradicional.

Método

Sujetos

La muestra estaba integrada por 176 participantes (98 mujeres y 78 varones) que cursaban estudios de FP en dos centros situados en áreas urbanas de nivel socioeconómico bajo de la provincia de S/C de Tenerife. La edad media de los estudiantes era de 18.3 años, y su participación fue totalmente voluntaria.

Material y procedimiento

Los sujetos respondieron a una batería de instrumentos, presentados en el siguiente orden: a) cuestionario de episodios críticos de conflicto marital; b) cuestionario de teorías implícitas sobre la mujer; y c) cuestionario de estrategias utilizadas por los padres ante sus conflictos maritales.

a) Cuestionario de episodios críticos de conflicto marital

A través de varias fases, construimos un primer cuestionario cuya finalidad era medir los juicios de los participantes respecto a distintos conflictos de pareja. Concretamente medimos, como variables criterio, las estimaciones de responsabilidad de cada uno de los personajes, así como la frecuencia y gravedad de los conflictos.

En primer lugar, y con el fin de establecer un listado inicial de episodios conflictivos, se realizaron varias sesiones de *brainstorming*. A los primeros grupos de discusión se les pidió que describieran los diferentes tipos de conflictos de pareja que pueden producirse. Posteriormente, otros grupos se ocuparon de señalar ejemplos concretos para cada una de esas categorías. De esta forma, conseguimos un total de 65 escenas, con las que se llevó a cabo un estudio normativo (con 15 estudiantes de FP) para establecer la responsabilidad de los protagonistas en cada uno de los conflictos. En concreto, los sujetos indicaron que la responsabilidad era fundamentalmente masculina en 31 escenas, femenina en 24, y que 10 no tenían responsable claro.

Dado el gran número de episodios recogidos, se construyeron dos cuestionarios (de 32 y 33 episodios, respectivamente) que fueron utilizados en sendos estudios piloto con dos muestras de estudiantes de FP (34 y 35 sujetos de ambos sexos). Asimismo, se controló que en cada uno de los instrumentos hubiese un número similar de episodios en función del tipo de responsabilidad atribuida a sus protagonistas (masculina, femenina o sin responsabilidad clara). A partir de los resultados obtenidos, eliminamos aquellas escenas donde los juicios de los sujetos mostraron distribuciones asimétricas (asimetría $>.54$).

El cuestionario definitivo (ver apéndice I) contenía once episodios con una distribución asimétrica adecuada, y equilibrio respecto al tipo de responsabilidad. Tras cada escena, los sujetos debían responder a cuatro escalas que iban de 0 (nada) a 9 (totalmente), y medían lo siguiente: a) responsabilidad atribuida al personaje masculino; b) responsabilidad atribuida al personaje femenino; c) frecuencia estimada para este tipo de conflictos; y d) gravedad de los mismos.

b) Cuestionario de teorías implícitas sobre el papel social y familiar de la mujer

Este cuestionario tenía como objetivo medir las creencias de los sujetos sobre el papel social y familiar de la mujer. Creencias que

fueron tratadas como variables predictivas del estudio. Para elaborar dicho instrumento, seguimos la metodología propuesta por Correa y Camacho (1993). En este sentido, el primer paso fue analizar el contenido de diversos materiales (sesiones de *brainstorming*, textos y artículos de prensa) que hacían referencia al papel de la mujer. De esta forma, extrajimos 120 enunciados con los que llevamos a cabo un estudio normativo. Los participantes en este estudio (185 estudiantes universitarios: 109 mujeres y 76 hombres) fueron distribuidos aleatoriamente en cinco grupos. Cada grupo debía comparar la similitud de los enunciados con una de las cinco categorías culturales (tradicional, liberal, progresista, educacional y biológica), que establecimos provisionalmente a partir del trabajo de González (1993).

Tras el estudio normativo, seleccionamos 90 frases en función de sus puntuaciones de tipicidad (similitud entre un enunciado y una categoría cultural) y polaridad (medida en que un enunciado es típico de una categoría o de varias). Concretamente, eliminamos las frases que no eran representativas de ninguna categoría, esto es, aquellas con una tipicidad menor de 5.6, y una polaridad menor de 0.32.

Seguidamente, realizamos un estudio piloto con los 90 enunciados seleccionados. En dicho estudio le pedimos, a 131 estudiantes de FP (76 mujeres y 55 varones), su opinión respecto a cada una de las frases seleccionadas. Una vez analizados los datos, y eliminados los enunciados con alta asimetría (> 0.67), elegimos los 43 ítems que pasarían a configurar el cuestionario definitivo.

c) Cuestionario de estrategias seguidas por los padres ante sus conflictos maritales

La finalidad de este instrumento fue medir el nivel de agresividad marital observado por los sujetos tanto en sus padres como en sus madres. Para ello, seleccionamos seis de las conductas incluidas en la Escala de Tácticas de Conflicto elaborada por Straus (1979). Concretamente, escogimos las siguientes: hablar tranquilamente, negarse a hablar, gritar, insultar, empujar y pegar. De esta forma, eliminamos aquellas que implicaban mayor agresividad (v.g. dar patadas, herir con un cuchillo, etc.).

Para disponer de dos índices globales de violencia, uno para el padre y otro para la madre, necesitábamos ponderar cada una de las seis estrategias en función de su nivel de agresividad. En este sentido, pedimos a 44 estudiantes universitarios (25 mujeres y 19 hombres) que estimaran la agresividad de cada conducta en una escala de 0 a 9. Concretamente, 21 juzgaron la agresividad de las conductas de un supuesto varón; y 23 hicieron lo mismo respecto a una mujer. De esta forma, obtuvimos distintos coeficientes con los que ponderar las estrategias.

La tarea propuesta a los sujetos de la investigación consistió en estimar, mediante escalas que iban de 0 (nunca) a 9 (siempre), la frecuencia con la que cada uno de los progenitores había manifestado las seis conductas ya mencionadas. Una vez hecho esto, los dos índices de violencia correspondientes a cada sujeto fueron calculados sumando sus respuestas a cada conducta, una vez ponderadas (esto es, la suma de las estimaciones de frecuencia multiplicadas por su coeficiente de ponderación correspondiente).

Resultados

Para presentar los resultados, los agruparemos en tres subapartados. En los dos primeros, nos ocuparemos de los datos relacionados con las hipótesis planteadas. En el tercero, describiremos algunos resultados inesperados.

a) El nivel de exposición a la violencia de los progenitores y su relación con los juicios de responsabilidad, frecuencia y gravedad ante los conflictos maritales.

En primer lugar, calculamos la correlación existente entre las estimaciones realizadas por los sujetos (juicios de responsabilidad, frecuencia y gravedad) y el nivel de violencia de cada progenitor.

Tal como apuntaba nuestra hipótesis, la tabla 1 indica que a medida que aumenta el nivel de violencia interparental observado por los sujetos, aumenta también la responsabilidad que se atribuye a los personajes de ambos sexos, así como la frecuencia y la gravedad estimadas en los episodios críticos. Únicamente no encontramos correlaciones significativas entre el nivel de agresividad del padre y la estimación de gravedad de los conflictos de pareja.

Por otro lado, comprobamos que los juicios de los participantes de ambos sexos son similares, salvo en el caso de la estimación de frecuencia de los conflictos ($F(1, 158) = 6.74$; $p < 0.05$). Concretamente, las mujeres hacen estimaciones de frecuencia significativamente más altas que los hombres.

b) Las creencias de los participantes y su relación con los juicios de responsabilidad, frecuencia y gravedad ante los conflictos maritales.

Para examinar el papel de las creencias, comenzamos realizando un análisis de componentes principales (rotación ortogonal) con los datos del cuestionario de teorías implícitas. De esta forma, detectamos una estructura formada por tres factores que explican el 26.5% de la varianza total (véase apéndice 2).

El primer componente, que denominamos «teoría del hombre discriminado», tiene un valor propio de 6.0 y explica el 14.6% de la varianza. En esta teoría se aglutinan algunas ideas que señalan la discriminación que sufren los varones respecto a las mujeres.

El segundo componente, «teoría progresista», agrupa enunciados donde se defiende la igualdad de ambos sexos. Su valor propio es 2.8 y explica el 6.9% de la varianza.

Finalmente, denominamos «teoría tradicional» a un conjunto de ideas que hacen hincapié en las funciones tradicionales de la mujer dentro de la familia. Su valor propio es de 2.1 y la varianza explicada es el 5.1%.

A continuación, realizamos un análisis de *clusters* con el fin de agrupar a los participantes en función de sus puntuaciones en los tres componentes ya mencionados. Tomamos esta decisión por entender que los individuos no suelen defender ideas relacionadas con una única creencia, sino con varias al mismo tiempo (Rodrigo, Marrero y Rodríguez, 1993).

Tabla 1

Correlaciones entre los índices de agresividad de los padres y las distintas estimaciones realizadas por los sujetos (responsabilidad masculina y femenina, frecuencia y gravedad)

	Responsab. Masculina	Responsab. Femenina	Estimación de Frecuencia	Estimación de Gravedad
Índice de agresividad del padre	0.27**	0.20*	0.25*	0.20
Índice de agresividad de la madre	0.25*	0.21*	0.25*	0.20*

** $p < 0.01$ * $p < 0.05$

Tras el análisis, detectamos dos grupos de sujetos que defienden una combinación similar de creencias. El primero de ellos, caracterizado por mayores puntuaciones en los factores 1 (Hombre discriminado) y 3 (Tradicional), está formado mayoritariamente por varones (54.2%), y lo hemos denominado grupo «más tradicional». Mientras que el segundo, con medias más bajas en esos mismos factores, está integrado básicamente por mujeres (71.8%), y le hemos dado el nombre de grupo «menos tradicional». En la tabla 2, pueden verse los promedios de ambos grupos en cada uno de los componentes teóricos.

Asimismo, se llevaron a cabo varios ANOVAS que nos permitieron comprobar que las diferencias entre los dos grupos o *clusters* eran significativas. Concretamente, el grupo 1 (más tradicional) presenta mayor puntuación que el 2 (menos tradicional) en los componentes «hombre discriminado» ($F(1,171) = 68.3$; $p < .00$) y «tradicional» ($F(1,171) = 155.9$; $p < .00$). Por el contrario, el grupo menos tradicional tiene una puntuación mayor que el tradicional en el componente «progresista» ($F(1,171) = 155.9$; $p < .00$). Estos resultados indican que el primer grupo sustenta una visión más conservadora sobre el papel de las mujeres, al tiempo que denuncia el acoso que sufren los varones en estos momentos. El segundo grupo, en cambio, está integrado por sujetos con una visión menos conservadora.

Tras clasificar a los sujetos en función de sus posiciones teóricas, llevamos a cabo varios análisis de covarianza, utilizando como covariantes los índices de violencia paterna. De esta forma, procedimos a examinar la relación existente entre las creencias de los participantes sobre el papel de la mujer y sus juicios ante los conflictos de pareja (responsabilidad masculina y femenina, frecuencia y gravedad). Las variables independientes fueron el sexo de los sujetos y los dos *clusters* descritos en el apartado anterior. Como variables dependientes utilizamos las cuatro medidas del cuestionario de episodios críticos.

Los datos obtenidos indican que los grupos 1 (más tradicional) y 2 (menos tradicional) sólo se diferencian significativamente en las atribuciones de responsabilidad a los personajes femeninos ($F(1,5) = 4.71$; $p < 0.5$). Asimismo, no encontramos ningún efecto de la variable sexo sobre los resultados.

Como puede observarse en la tabla 3, los sujetos más tradicionales responsabilizan a las mujeres más que los menos tradicionales, pero no se diferencian significativamente respecto a las otras tres medidas.

c) Relación entre el nivel de violencia interparental experimentado por los participantes y sus creencias acerca del papel de la mujer.

Para examinar esta relación, llevamos a cabo varios análisis de varianza con las creencias (más conservadores/menos tradicionales) como niveles de la variable independiente y los índices de vio-

Tabla 2

Promedios en cada uno de los factores según el grupo de creencias al que pertenecen los sujetos

	Factor 1 Hombre discriminado	Factor 2 Progresista	Factor 3 Tradicional
Más tradicional	2.2a	3.2d	2.4a
Menos tradicional	1.7b	3.5c	1.6b

a>b ($p < 0.001$); c>d ($p < 0.001$)

lencia de cada progenitor como variables dependientes. Los resultados de estos análisis indican que sólo los menos tradicionales perciben diferencias significativas entre la violencia paterna y materna ($F(1,153)= 8.99; p<.05$).

En la tabla 4, puede verse con más detalle que ambos grupos tienden a considerar que sus padres son más agresivos que sus madres. No obstante, esta diferencia sólo resulta significativa entre los menos tradicionales.

Tabla 3

Promedios en las estimaciones (responsabilidad masculina y femenina, frecuencia y gravedad) según el grupo de creencias al que pertenecen los sujetos

	Responsab. Masculina	Responsab. Femenina	Estimación de Frecuencia	Estimación de Gravedad
Más tradicional	4.4	4.6a	5.2	5.2
Menos tradicional	4.3	4.1b	5.6	5.0

a>b ($p < 0.05$)

Tabla 4

Nivel de agresividad de los padres según el grupo de creencias al que pertenecen los sujetos

	Índice de agresividad del padre	Índice de agresividad de la madre
Más tradicionales	56.0	50.3
Menos tradicionales	65.6a	48.6b

a>b ($p < 0.05$)

Discusión

Los datos confirman que existe una relación compleja entre el nivel de violencia interparental al que se han visto expuestos los participantes, sus creencias acerca del papel de la mujer, y sus juicios respecto a distintos conflictos de pareja. De ahí, que sea necesario analizar por separado cada una de las asociaciones detectadas.

En primer lugar, cabe destacar la correlación existente entre los niveles de agresividad de ambos progenitores y las diferentes estimaciones realizadas por los sujetos. Concretamente, se confirma la primera de nuestras hipótesis, ya que aquellos que dicen haber observado mayor nivel de violencia son también los que han hecho estimaciones más elevadas de responsabilidad, frecuencia y gravedad. En este sentido, y aunque no puede afirmarse que la experiencia relatada constituya un antecedente objetivo, dicho resultado indica una mayor sensibilidad hacia los conflictos de pareja en estos participantes. De hecho, es probable que los sujetos con mayor nivel de exposición a la violencia interparental tengan muy accesible este tipo de experiencia, lo que facilitaría que se vieran afectados por distintos sesgos cognitivos como, por ejemplo, el de la correlación ilusoria. En este sentido, la facilidad para recordar sucesos conflictivos en pareja puede llevarles a establecer una correlación entre esos dos elementos, hasta el punto de considerar que dicha asociación es muy frecuente.

Esta y otras «distorsiones» podrían ser adaptativas en ciertas circunstancias, como sugiere el hecho de que también las mujeres que han sido víctimas de malos tratos, tiendan a considerar que los

conflictos maritales son más frecuentes y de peor pronóstico (Stalans y Lurigio, 1995). Sin embargo, lo más probable es que la sensibilización detectada sea contraproducente en la mayoría de las relaciones de pareja, ya que se asocia a atribuciones de responsabilidad más extremas y, probablemente también, a expectativas de éxito más bajas. Por lo tanto, una nueva hipótesis que surge a partir de este primer resultado es que los sujetos más expuestos a la violencia interparental podrían tener también mayor dificultad para relacionarse con sus parejas, lo que no significa que estén abocados a utilizar estrategias violentas.

Los datos apoyan también, aunque sólo parcialmente, la segunda de nuestras hipótesis. Concretamente, los resultados indican que los más tradicionales atribuyen más responsabilidad a los personajes femeninos que los menos tradicionales. Si tenemos en cuenta que la atribución de responsabilidad se asocia directamente con distintas manifestaciones agresivas (Betancourt y Blair, 1992), y que los maridos violentos tienden a atribuir más intencionalidad y culpa a sus mujeres (Holtzworth-Munroe y Hutchinson, 1993), es de esperar que los más tradicionales tengan más probabilidad de comportarse violentamente con sus parejas. Especialmente, cuando se trata de personas expuestas a episodios de violencia interparental que, como ya hemos visto, tienen tendencia a atribuir mayores niveles de responsabilidad. De esta forma, los datos sugieren una posible vía de transmisión para aquellos que, además de haber observado las agresiones de sus padres, sostienen una visión conservadora de las relaciones de género. Con todo, es posible que los más tradicionales no sean los únicos expuestos a repetir las pautas de relación observadas en sus padres y, en este sentido, convendría investigar si existen otras vías de transmisión, ajenas a la justificación que facilitan las creencias.

Por otro lado, conviene señalar que las diferencias halladas entre ambos grupos de creencias se circunscriben a los juicios de responsabilidad femenina, y que no afectan a las otras medidas (juicios de frecuencia, gravedad y responsabilidad masculina). Esto hace que la conducta de las mujeres cobre relevancia como criterio discriminador de lo que podría ser un sexismo sutil, desde el que se denuncia que la discriminación la sufren los varones.

En tercer lugar, destaca la relación hallada entre las creencias y el nivel de violencia de los progenitores. En este sentido, y aunque todos los sujetos tienden a señalar más violencia en el padre que en la madre, los menos tradicionales acentúan esta diferencia hasta hacerla significativa. Este dato sugiere dos interpretaciones, no necesariamente incompatibles.

Por un lado, es posible que las creencias estén afectando a la construcción de la experiencia pasada. De hecho, se ha podido comprobar que las personas acomodan sus recuerdos hasta hacerlos compatibles con sus creencias acerca de sus relaciones de pareja (vid. Holmes y Murray, 1995). Concretamente, aquellos con una visión pesimista, no sólo valoran más negativamente los hechos del presente, sino que tienden a olvidar los sucesos que fueron valorados favorablemente en el pasado. En cambio, las personas con una imagen positiva de su relación tienden a distorsionar su recuerdo en sentido contrario. De esta forma, es posible que los estudiantes menos tradicionales hayan acomodado sus recuerdos hasta ajustarlos a sus creencias, en las que la discriminación que sufren las mujeres constituye un elemento clave.

Por otro lado, también es posible que la exposición a conflictos interparentales haya sensibilizado a los sujetos, llevándoles a adoptar una visión igualitaria entre hombres y mujeres. Para que esto sea así, seguramente es necesario que se produzca una mayor identifi-

cación con la madre, lo que resulta bastante probable entre las mujeres, que configuran el 71.8% del grupo menos tradicional. De esta forma, la identificación con los progenitores podría ser un factor importante, que conviene analizar en futuras investigaciones.

Tal como señalan Schank y Abelson (1995), las creencias y los recuerdos se empaquetan juntos. Y a fin de cuentas, resulta indiferente si el hecho se reconstruye en función de la creencia, o si la creencia surge como justificación de un suceso. Lo realmente importante es que ambos aspectos están entrelazados, y que toda ex-

periencia lleva consigo un proceso de construcción. Un indicio más de que las creencias podrían jugar un papel importante en la transmisión de conductas violentas de una generación a otra y que, por tanto, conviene analizar su papel en dicho proceso.

Agradecimientos

Esta investigación ha sido financiada por la Dirección General de Enseñanza Superior (proyecto PB96-1036).

APENDICE 1

Conflictos de pareja incluidos en el cuestionario de episodios críticos

- 1) Ana le comenta a su marido que su madre quiere venirse a vivir con ellos, pero a éste no le parece una buena idea.
- 2) Isabel y Pablo llevan casados 24 años, y ella le dice que está cansada de tanta monotonía.
- 3) Rosa acaba de pedirle a su marido que ayude a su madre (de ella) en la mudanza que va a hacer. Enrique le ha dicho que no porque ha quedado para tomar unas cervezas con sus amigos.
- 4) Juan quiere invitar a unos amigos a tomar algo en su casa. Sin embargo, María, su mujer, se niega argumentando que «dejarían la casa patas arriba».
- 5) Eduardo reconoce a su exmujer por la calle y va a saludarla. Beatriz, su nueva esposa, le dice que se haga el despistado. Sin embargo, él la saluda.
- 6) En una cena, Carmen critica la comida que ha preparado su cuñada. Al marido de Carmen no le ha gustado ese comentario.
- 7) A Elena se le ha hecho tarde y sabe que su marido se va a enfa-

dar.

8) A Rosa la han invitado sus amigas a salir, pero Pablo le dice que no vaya porque no quiere quedarse solo.

9) Cristina y Cristóbal tratan de decidir qué hacer en Semana Santa. Ella quiere ir a París a visitar a unos amigos, pero él prefiere quedarse en casa descansando.

10) Una vecina le comenta a Irene que ha visto a su marido con otra mujer en una cafetería. Más tarde, Irene le pregunta a Juan si está teniendo una aventura.

11) Sonia le dice a su marido que quiere ver a su suegra lo menos posible porque está cansada de que ésta se meta con su forma de hacer las cosas.

APENDICE 2

Pesos factoriales de los enunciados del cuestionario de teorías implícitas

FACTOR 1: TEORÍA DEL HOMBRE DISCRIMINADO

Las mujeres se escudan en su debilidad para no afrontar los problemas y que sean los hombres quienes los resuelvan. (.70)

Lo que realmente desean las feministas es convertir a los hombres en ciudadanos de segunda. (.65)

Las mujeres se aprovechan de su atractivo sexual para escalar puestos en el trabajo, cosa que el hombre no puede hacer. (.63)

Muchas mujeres denuncian un presunto acoso sexual con el objeto de obtener provecho económico. (.62)

Las mujeres hablan mucho de igualdad, pero luego no quieren trabajar en la construcción ni hacer la mili. (.60)

Las feministas quieren que la mujer esté por encima del hombre. (.53)

Las mujeres mandonas suelen tener algún desequilibrio hormonal. (.50)

No entiendo por qué las mujeres se visten de forma provocativa y luego se quejan de acoso. (.49)

Creo preferible recibir órdenes de un hombre que de una mujer. (.46)

Una mujer policía no inspira tanto respeto como un hombre policía. (.44)

Las mujeres con responsabilidades familiares rinden poco en su trabajo. (.40)

Es normal que los hijos varones gocen de ciertos privilegios. (.39)

Aparte de los rasgos físicos, no existe ningún tipo de diferencias entre hombres y mujeres. (.36)

Las mujeres prefieren a los hombres con experiencia sexual. (.34)

Los hombres piropean a las mujeres porque saben que alguna cae. (.33)

No es bueno que una esposa destaque profesionalmente por encima de su marido. (.31)

FACTOR 2: TEORÍA PROGRESISTA

No me importaría vivir en una sociedad gobernada por mujeres. (.54)

Las mujeres afrontan muchos problemas mejor que los hombres. (.53)

Las mujeres, por haber tenido que ir siempre contracorriente, suelen ser más maduras e inteligentes que los hombres. (.48)

Gracias a las feministas, las mujeres pueden votar hoy en día. (.44)

Las mujeres deben trabajar fuera de casa para no depender económicamente de sus maridos. (.42)

Las culturas donde la mujer tiene un papel importante son mucho más abiertas y desarrolladas. (.42)

La maternidad es una de las causas por las que la mujer ha sido oprimida a lo largo de la historia. (.41)

Las feministas sólo desean la igualdad entre hombres y mujeres. (.40)

Las diferencias entre hombres y mujeres son principalmente biológicas. (.36)

Las mujeres deben asociarse para liberarse de la opresión masculina. (.34)

FACTOR 3: TEORÍA TRADICIONAL

Las diferencias entre hombres y mujeres son, en su mayoría, culturales. (.70)

Las mujeres que trabajan no deben descuidar las tareas de su hogar. (.60)

Lo prioritario para una mujer debe ser atender a sus hijos y a su marido. (.46)

La virginidad de la mujer es algo importante. (.40)

Debe respetarse la padre como cabeza de familia, pues así se ha hecho siempre. (.39)

Hombre y mujer son distintos porque Dios lo quiso así. (.30)

La anatomía femenina nos recuerda que la mujer es, ante todo, madre. (.30)

Referencias

- Bandura, A. (1971). *Social Learning theory*. Morristown: General Learning.
- Barnett, O.W., Martínez, T. y Bleustein, B. (1995). Jealousy and anxious romantic attachment in maritally violent and nonviolent males. *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 221-233.
- Barnett, O.W., Miller-Perrin, C.L. y Perrin, R. (1997). *Family violence across the lifespan*. Londres: Sage.
- Belsky, J. (1993). Etiology of child maltreatment: A developmental-ecological analysis. *Psychological Bulletin*, 114, 413-434.
- Betancourt, H. y Blair, I. (1992). A cognition (attribution)-emotion model of violence in conflict situations. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 343-350.
- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss*. Nueva York: Basic Books.
- Briere, J. (1987). Predicting self-reported likelihood of battering: Attitudes and childhood experiences. *Research in Personality*, 21, 61-69.
- Cantos, A.L., Neidig, P. y O'Leary, K. (1993). Men and women's attributions of blame for domestic violence. *Journal of Family Violence*, 8, 289-302.
- Correa, A.D. y Camacho, J. (1993). Diseño de una metodología para el estudio de las teorías implícitas. En M.J. Rodrigo, A. Pérez y J. Marrero (Eds.). *Las teorías implícitas. Una aproximación al conocimiento cotidiano*. Madrid: Visor.
- Egeland, B. (1993). A history of abuse is a major risk factor for abusing the next generation. En R. Gelles y D. Loseke (Eds.). *Current controversies on family violence*. Londres: Sage.
- Feeney, J. y Noller, P. (1996). *Adult Attachment*. Londres: Sage.
- Gelles, R.J. (1993). Family violence. En R. Hampton, T. Gullota, G. Adams, E. Potter III y R. Weissberg (Eds.). *Family violence. Prevention and treatment*. Londres: Sage.
- González, R. (1993). Las teorías implícitas sobre el trabajo femenino. En M.J. Rodrigo, A. Pérez y J. Marrero (Eds.). *Las teorías implícitas. Una aproximación al conocimiento cotidiano*. Madrid: Visor.
- Holmes, J. y Murray, S. (1995). Memory for events in close relationships: applying Schank and Abelson's story skeleton model. En R. Wyer (Ed.) *Knowledge and memory: the real story*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Holtzworth-Munroe, A. y Hutchinson, G. (1993). Attributing negative intent to wife behavior: The attributions of maritally violent versus non-violent men. *Journal of Abnormal Psychology*, 102, 206-211.
- Hotaling, G. y Sugarman, D. (1986). An analysis of assaulted wives. *Journal of Family Violence*, 5, 1-13.
- Kalmuss, D. (1984). The intergenerational transmission of marital aggression. *Journal of Marriage and the Family*, 46, 11-19.
- Kaufman, J. y Zigler, E. (1993). The intergenerational transmission of abuse is overstated. En R. Gelles y D. Loseke (Eds.). *Current controversies on family violence*. Londres: Sage.
- MacEwen, K. (1994). Refining the intergenerational transmission hypothesis. *Journal of Interpersonal Violence*, 9, 350-365.
- Moya, M. (1993). Categorías de género: consecuencias cognitivas sobre la identidad. *Revista de Psicología Social*, 8, 171-187.
- Reiss, A. y Roth, J. (1993). *Understanding and preventing violence*. Washington, D.C.: National Academy Press.
- Schank, R. y Abelson, R. (1995). Knowledge and memory: the real story. En R. Wyer (Ed.) *Knowledge and memory: the real story*. Hillsdale: Lawrence Erlbaum Associates.
- Stalans, L. y Lurigio, A. (1995). Responding to domestic violence against women. *Crime and Delinquency*, 41 (4), 387-398.
- Stith, S. y Farley, S. (1993). A predictive model of male spousal violence. *Journal of Family Violence*, 8, 183-201.
- Straus, M.A. (1979). Measuring intrafamily conflict and aggression: The Conflict Tactics Scale. *Journal of Marriage and the family*, 41, 75-88.
- Weiner, B. (1995). *Judgments of responsibility. A foundation for a theory of social conduct*. Londres: Guilford.
- Widom, C.S. (1989). Does violence beget violence? A critical examination of the literature. *Psychological Bulletin*, 106, 3-28.

Accepted el 16 de marzo de 1999

3.2. Conclusiones del estudio 1

En primer lugar, los resultados de este estudio confirmaron que la percepción de los conflictos de pareja difiere significativamente en función del nivel de violencia observado en los progenitores. Concretamente, se comprobó que aquellos que dijeron haber observado mayor nivel de violencia eran también los que hacían estimaciones más elevadas de responsabilidad, frecuencia y gravedad. Esto es coherente con las conclusiones del meta-análisis realizado por Kitzmann et al., en 2003. Dicho trabajo concluyó que los niños y niñas que han sido testigos de la violencia de sus progenitores tienden a mostrar afectos y cogniciones más negativas frente a hipotéticos conflictos entre adultos, que los que no la han observado. De igual forma, estos autores encontraron que los observadores de este tipo de violencia indicaban mayor predisposición a responder con agresión ante dichos conflictos.

En segundo lugar, los resultados indicaron que las atribuciones de responsabilidad también eran significativamente diferentes en función de las creencias sobre las mujeres. Por un lado, los participantes más tradicionales atribuyeron mayor responsabilidad a las mujeres que los menos tradicionales. Por otro lado, los participantes menos tradicionales también estimaron mayor nivel de agresividad en sus padres que en sus madres, mientras que los más tradicionales no mostraron diferencias en dichas estimaciones.

Tras comprobar que las interpretaciones de los conflictos difieren en función tanto de la violencia observada como de las creencias, el siguiente paso era analizar la relación entre dichas interpretaciones y las agresiones dirigidas hacia la pareja. Lo que dio pie al segundo estudio.

4. El papel de la responsabilidad atribuida a los progenitores en la transmisión de la violencia observada en los progenitores.

El Modelo de Agresión General (Anderson y Bushman, 2002) explica la agresión a partir de procesos distales (biológicos y ambientales) que hacen que determinados individuos estén predispuestos a comportarse agresivamente (bajo control impulsos, actitudes favorables a la violencia, ausencia de empatía, etc.), así como de las características de la situación que precipitan la agresión (estrés derivado de las condiciones ambientales o por conflictos interpersonales, etc.). En este sentido, la violencia observada en el entorno familiar hace más probable la violencia hacia la pareja en la medida en que facilite dicha predisposición.

Uno de los factores que predisponen a responder agresivamente es la atribución de intencionalidad negativa frente al comportamiento de los demás (Betancourt y Blair, 1992; Orobio, Veerman, Koops, Bosch y Monshouwer, 2002). De hecho, al iniciar este estudio, sabíamos que los maridos violentos atribuyen más responsabilidad y culpa a sus mujeres que los no violentos (Holtzworth-Munroe y Hutchinson, 1993). Sin embargo, no se había analizado la relación entre la violencia observada en los progenitores, la atribución de responsabilidad y la violencia durante los conflictos con la pareja. De ahí, el objetivo planteado en este segundo estudio.

Objetivo: Analizar el peso relativo del nivel de violencia observada en los progenitores y la responsabilidad atribuida a los mismos, a la hora de predecir la violencia hacia la pareja.

Hipótesis. La responsabilidad atribuida a los progenitores tendrá mayor peso que el nivel de violencia observada en la predicción de la violencia hacia la pareja.

- 4.1. Yanes, J. M. y González, R. (2001). ¿De tal palo tal astilla? Violencia marital y responsabilidad de los progenitores. *Revista de Psicología Social*, 16, 243-249.

¿De tal palo tal astilla? Violencia marital y responsabilidad de los progenitores

JOSÉ MANUEL YANES Y ROSAURA GONZÁLEZ
Universidad de La Laguna



Resumen

Se analiza el peso relativo del nivel de violencia marital observada, y de la responsabilidad atribuida a los progenitores por sus conflictos, en la predicción de la violencia de pareja. De esta forma, se estudia el papel de la interpretación de la experiencia violenta en el proceso de transmisión. La investigación se llevó a cabo con sesenta parejas de universitarios. Los resultados confirman la importancia de la responsabilidad que se atribuye a los progenitores en la predicción de la transmisión de la violencia de pareja. Asimismo, sugieren que una interpretación de la violencia interparental más favorable al progenitor del mismo sexo sitúa a los hijos en una situación de mayor riesgo.

Palabras clave: Violencia marital, atribución de responsabilidad, transmisión.

Marital violence and parent's responsibility

Abstract

The observed marital violence and the responsibility attributed to parents (because of their conflicts) were analyzed in order to predict violence in couples. With this purpose, the role of interpretation of violent experience on the transmission process is studied. Sixty university couples participated. Results confirm the importance of responsibility attributed to parents in predicting the transmission of violence in couples. Likewise, they suggest that an interpretation of the parent's marital violence more favorable to same gender parent is riskier for sons and daughters.

Keywords: Marital violence, attribution of responsibility, transmission.

Agradecimientos: Esta investigación ha sido financiada parcialmente por la Dirección General de Enseñanza Superior

Correspondencia con los autores: Rosaura González Méndez. Facultad de Psicología. Campus de Guajara. Universidad de La Laguna. 38205 La Laguna, Tenerife. E-mail: mrglez@ull.es

INTRODUCCIÓN

En los últimos años, ha crecido el interés por investigar los efectos de la exposición a contextos familiares violentos. De hecho, se ha venido constatando que los hijos se ven expuestos a la violencia marital de sus padres con relativa frecuencia; y que esto puede ocasionarles, tanto a corto como a largo plazo, diversas dificultades emocionales, cognitivas y de conducta (véase Wolak y Finkelhor, 1998). En este sentido, los estudios de prevalencia indican que el porcentaje de personas que recuerdan algún episodio de violencia entre sus padres se sitúa entre el 11% y el 20% (p. ej., Henning, Leintenberg, Coffey, Turner y Bennet, 1996). Asimismo, la investigación señala que las consecuencias de la exposición varían según la edad, el género, el tipo, frecuencia y gravedad de la violencia observada y/o sufrida, etc. (Barnett, Miller-Perrin y Perrin, 1997).

De entre los efectos descritos hasta el momento, el que más atención ha recibido de los investigadores es la posible repetición de las manifestaciones de violencia familiar (violencia marital y maltrato infantil) de una generación a la siguiente, lo que se conoce como hipótesis de la transmisión. Hoy en día, la mayor parte de los expertos en este campo acepta que la exposición durante la infancia a contextos familiares violentos es un factor de riesgo importante, aunque no constituye una condición necesaria o suficiente para la violencia adulta (p. ej., Kaufman y Zigler, 1993; Widom, 1989).

Con relación a la violencia marital, los investigadores han venido indicando varios mecanismos para explicar su transmisión. Por un lado, se ha considerado que obedece a un proceso de aprendizaje, en el que la imitación tiene un papel fundamental. De esta forma, se ha asumido que los hijos reproducen las conductas observadas en sus progenitores; y que la exposición a la violencia marital facilita el desarrollo de actitudes misóginas en los varones, que permiten justificar el uso de la violencia en las relaciones de pareja (p. ej., Alexander, Moore y Alexander, 1991). Asimismo, se ha sugerido que los niños que crecen en un contexto familiar violento no tienen la oportunidad de aprender estrategias adecuadas para la resolución de conflictos, por lo que presentan déficits en este área (p. ej., Choice, Lamke y Pittman, 1995).

Por otro lado, algunos investigadores sitúan la génesis de la transmisión en los efectos que tiene la observación de la violencia sobre la identidad que desarrollan los hijos. En este sentido, se ha señalado que las personas expuestas a contextos familiares violentos tienden a desarrollar una autoestima baja, lo que en los varones se asocia posteriormente a diversos problemas (insatisfacción marital, alcoholismo, y aprobación de la violencia marital, etc.) (p. ej., Stith y Farley, 1993). Sin embargo, los estudios que analizan la relación entre autoestima y violencia marital no son concluyentes. De hecho, mientras unos agresores presentan una imagen negativa de sí mismos, con otros ocurre lo contrario. Prince y Arias (1994), por ejemplo, detectaron un tipo de agresores, con autoestima elevada, que utilizan la violencia para incrementar su ilusión de control cuando las circunstancias son adversas. Asimismo, hallaron otro grupo, de autoestima baja, que reacciona ante la frustración de forma violenta, pero sin esperar ninguna mejora. Recientemente, Baumeister, Smart y Boden (1999) han apuntado que muchos de los casos de baja autoestima detectados entre los agresores podrían estar reflejando el efecto de las sanciones legales sufridas por estas personas y no una característica previa al comienzo de la violencia. Asimismo, consideran que la violencia es más probable entre aquéllos con una autoestima alta, pero inestable. De hecho, estos autores sostienen que los agresores tienden a creer que deben mantener

un estatus relativo superior al de sus mujeres. Sin embargo, cualquier circunstancia que amenace dicha posición puede desencadenar la agresión (p. ej., cuando los logros no alcanzan lo esperado y consideran posible perder el respeto de su pareja; o cuando el estatus relativo de esta última aumenta).

Desde la teoría del apego se ha sugerido, finalmente, que la exposición a episodios de violencia marital facilita el desarrollo de un estilo de apego inseguro, que desencadenaría la agresión hacia la pareja (Davies y Cummings, 1994). En esta línea, Barnett, Martínez y Bleustein (1995) encontraron mayor tendencia a la violencia marital en varones adultos con un estilo dependiente y celoso.

Con todo, las interpretaciones apuntadas anteriormente no logran explicar los casos en los que no se produce la transmisión. En realidad, aún sabemos muy poco sobre los mecanismos que facilitan o inhiben dicho proceso. En este sentido, el escaso avance de la investigación puede deberse, según ha sido apuntado recientemente, al modelo de ser humano predominante en este campo: el de un individuo pasivo y con escasa habilidad para defenderse de la influencia de su pasado (Yanes y González, 2000). Esto ha llevado a los investigadores a asumir una interpretación determinista de la transmisión, así como al efecto acumulativo de los factores de riesgo que se asocian a ella, sin plantearse si las personas disponen o no de recursos para romper esta supuesta "aritmética".

Un intento alentador, sin embargo, es el análisis de factores de protección como el éxito académico, que parecen disminuir el riesgo de transmisión (p. ej., O'Keefe, 1998). No obstante, los investigadores que trabajan en esta línea también suelen olvidar que la influencia de estos elementos no es ajena a la voluntad de los individuos.

Desde nuestro punto de vista, las personas pueden adoptar un papel más o menos activo en la interpretación de su pasado, lo que, en la mayoría de los casos, tendrá efectos sobre su conducta presente. Aunque no todos los individuos se detienen a recapacitar sobre su vida familiar, es probable que aquellos que justifican la violencia observada, y consideran válido dicho modelo de interacción, tengan mayor propensión a reproducirla. Por el contrario, las personas que rechazan dicha experiencia, y no se sienten indefensos ante su posible influencia, pondrán cuidado en no repetirla (p. ej., Egeland, 1993). En este sentido, consideramos necesario estudiar la interpretación que se hace de la experiencia para comprender el proceso de transmisión. Asimismo, entendemos que la responsabilidad que se atribuye a los progenitores por sus conflictos puede ser un elemento clave en dicha interpretación.

En concreto, la presente investigación analiza la importancia relativa de la responsabilidad atribuida a los progenitores para predecir la transmisión de la violencia de pareja, frente al nivel de violencia marital observada. En este sentido, esperamos que la responsabilidad tenga mayor peso predictivo que esta última variable.

MÉTODO

Muestra

La muestra estaba integrada por 60 parejas cuya relación se había mantenido durante un período mínimo de dos años. El contacto con ellas se estableció a través de un cuestionario de carácter general, dirigido a estudiantes universitarios. Dicho instrumento nos permitió conocer su disposición a participar con sus parejas en una investigación posterior.

Como incentivo, se ofrecieron entradas para el cine. Los participantes seleccionados tenían edades que oscilaban entre los 19 y los 30 años.

Instrumentos y procedimiento

Cada uno de los miembros de las sesenta parejas fue asignado a un rol diferente. Así, mientras uno respondía como sujeto de la investigación, el otro informaba sobre la conducta del primero ante los conflictos que ambos habían vivido. Se controló que ambos sexos estuvieran igualmente representados en cada rol.

Se elaboraron dos instrumentos diferentes, uno para cada miembro de las parejas. Con el objeto de cuidar el anonimato de las respuestas, el investigador los entregaba por separado a cada participante, en sobre cerrado. Cada sujeto respondía al cuestionario a solas y, posteriormente, lo devolvía al investigador dentro de otro sobre cerrado.

1. Cuestionario destinado a los sujetos de la investigación

Este cuestionario estaba integrado por varias escalas. La primera tenía como objetivo medir el nivel de violencia marital observado en cada uno de los progenitores. Para ello, utilizamos una versión reducida y modificada de la Escala de Tácticas de Conflicto de Straus (1979). En este sentido, se pidió a los sujetos que indicaran con qué frecuencia habían presenciado distintas conductas durante los conflictos de sus padres (pide explicaciones, se lo guarda, llora, grita, se marcha, insulta, tira o golpea objetos, y empuja o pega).

A partir de aquí, y con el fin de obtener dos índices globales de violencia (padre y madre), se ponderaron dichas estrategias en función de su nivel de agresividad. En este sentido, pedimos a un grupo de 50 estudiantes universitarios que estimaran la agresividad de cada conducta en una escala de 0 a 9. De esta forma, obtuvimos distintos coeficientes de ponderación para el cálculo de los índices de violencia.

En segundo lugar, se midió la responsabilidad atribuida a cada progenitor por dichos conflictos. Esta escala iba de 1 (nada responsable) a 10 (totalmente responsable).

2. Cuestionario destinado a las parejas

Se utilizó una escala que medía la frecuencia con la que el novio/a manifestaba distintas conductas ante los conflictos de pareja. Las conductas elegidas fueron las mismas que en el cuestionario destinado a los sujetos de la investigación. Con las respuestas hallamos un índice de violencia de pareja.

RESULTADOS

Para analizar el peso relativo de las variables estudiadas en la predicción de la violencia de pareja, llevamos a cabo dos análisis de regresión lineal, uno para los hombres y otro para las mujeres. En la tabla I figuran los datos relativos a la violencia de los varones ($R_2 = 0.62$; $F(4,23) = 12.21$, $p = 0.00$).

TABLA I
Resultados del análisis de regresión lineal para predecir la violencia de los varones

VARIABLES PREDICTORAS	β	t	significación
Responsabilidad del padre	-0.68	-4.38	0.00
Responsabilidad de la madre	0.34	2.71	0.01
Violencia de la madre	0.22	1.69	0.10
Violencia del padre	0.21	1.29	0.21

En este caso, los resultados nos permiten predecir mayor agresividad en aquellos hombres que atribuyen menos responsabilidad a sus padres, y más a sus madres, por los conflictos maritales.

Tabla II
Resultados del análisis de regresión lineal para predecir la violencia de las mujeres

VARIABLES PREDICTORAS	β	t	significación
Responsabilidad de la madre	-0.73	-4.14	0.00
Violencia de la madre	0.33	1.74	0.10
Responsabilidad del padre	0.21	1.01	0.32
Violencia del padre	-0.24	-0.92	0.37

Por otro lado, la tabla II recoge el análisis de regresión lineal llevado a cabo con las respuestas de las mujeres ($R_2 = 0.58$; $F(4,22) = 10.04$, $p = 0.000$). En este caso, sólo resulta significativa la responsabilidad que se atribuye a las madres. Concretamente, el modelo predice más agresividad en aquellas mujeres que atribuyen menos responsabilidad a las madres por sus conflictos maritales.

Finalmente, la tabla III presenta los promedios en los factores analizados, según el sexo de los participantes, así como los contrastes de medias hallados mediante un ANOVA de un factor (sexo). De esta forma, detectamos diferencias significativas en la responsabilidad atribuida a las madres, pero no en las otras variables. En concreto, los varones atribuyen más responsabilidad a las madres que las mujeres.

Tabla III
Medias y contrastes de medias de las variables analizadas, según el sexo de los participantes

	Hombres	Mujeres	F(1,53)	significación
Agresividad del padre	35.87	38.78	0.75	0.39
Agresividad de la madre	27.90	27.77	0.03	0.84
Responsabilidad del padre	3.84	2.69	3.55	0.10
Responsabilidad de la madre	3.65	2.68	8.82	0.00
Agresividad de los sujetos	46.26	46.58	0.04	0.92

DISCUSIÓN

Los resultados de los análisis de regresión confirman la importancia relativa de la atribución de responsabilidad en la predicción de la violencia de pareja, frente al nivel de violencia marital observada. En otras palabras, lo que predice la transmisión en ambos sexos no es el nivel de violencia marital al que se ha estado expuesto, sino la responsabilidad que se atribuye a los progenitores por dicha violencia.

Con relación a los varones, es posible predecir mayor agresividad en aquellos que atribuyen menos responsabilidad a sus padres, y más a sus madres. En cuanto a las mujeres, los análisis predicen más agresividad en aquellas que atribuyen menor responsabilidad a sus madres.

En conjunto, los resultados sugieren que la transmisión se hace más probable cuando la violencia marital observada se interpreta de forma favorable al progenitor del mismo sexo. En este sentido, es posible que tales personas hayan desarrollado una identidad de género, en la que el antagonismo y/o la inseguridad respecto al otro sexo sean elementos salientes; y que sus expectativas sean responsables de una mayor conflictividad con la pareja. Esta interpretación concuerda en parte con la teoría del apego, que defiende el desarrollo de modelos internos de relación a través del contacto con los progenitores (Bowlby, 1980). Posteriormente, dichos modelos serían utilizados como guías en la interacción con otras personas, incluso en la vida adulta (Feeney y Noller, 1996; López, 1998). Ahora bien, esto no significa que un contexto familiar violento vaya a producir necesariamente los mismos resultados en todos los individuos, ya que caben distintas posturas frente a los conflictos vividos en el contexto familiar. En este sentido, la existencia de un estilo de apego inseguro, que provoque celos y dependencia, puede explicar algunos casos de violencia (p. ej., Barnett y cols., 1995), pero no todos. Asimismo, la investigación está poniendo de manifiesto, en contra de lo que se ha mantenido hasta ahora, que la violencia marital no es un fenómeno homogéneo; y que los agresores pueden presentar diferentes perfiles (Gondolf, 1993; Kantor y Jasinski, 1998).

Por otro lado, la interpretación anterior también encuentra apoyo en algunos trabajos donde se confirma que las expectativas, de rechazo o aceptación por parte de la pareja, afectan al nivel de conflictividad y a la estabilidad de la relación, al poner en marcha el mecanismo de las profecías autocumplidas (Downey, Freitas, Michaelis y Khouri, 1998). En este sentido, el antagonismo y/o inseguridad hacia el otro sexo pueden darse también entre individuos que no han estado expuestos a un contexto familiar violento. Sin embargo, es probable que resulten más peligrosos cuando se dan ambas circunstancias conjuntamente.

Yanes y González (2000) encontraron que los participantes que habían estado expuestos a mayores niveles de violencia interparental presentaban mayor sensibilidad respecto a los conflictos de pareja (estimaciones más elevadas de gravedad, frecuencia y responsabilidad). Sin embargo, los resultados de la presente investigación indican que dicha sensibilidad no se asocia necesariamente a mayores niveles de violencia de pareja. En aquellos casos donde se responsabiliza más al progenitor del otro sexo, la experiencia puede estar determinando que se atribuya más responsabilidad a la propia pareja. Estas personas confiarían menos en el otro y vivirían peor las situaciones de conflicto. Por el contrario, aquellos que responsabilizan más al progenitor del mismo sexo probablemente se muestren más confiados respecto a la pareja. Si la experiencia pasada tiene algún

efecto sobre su conducta, es probable que sea el de mantenerlos alerta respecto a lo que no deben hacer ellos mismos.

En definitiva, la exposición a la violencia marital de los progenitores no se asocia necesariamente a la transmisión. El contexto familiar constituye un terreno de aprendizaje donde se adquiere un amplio repertorio de habilidades, actitudes y conductas. Sin embargo, la capacidad del individuo para aprender no termina en los límites de la familia de origen. Algunas personas acceden y/o buscan otros modelos de relación distintos a los establecidos con sus padres y apuestan partido. En este sentido, una interpretación de la experiencia vivida favorable al progenitor del propio sexo parece aumentar el riesgo de conflictos con la pareja que, en algunos casos, llevará a la transmisión.

Referencias

- ALEXANDER, P., MOORE, S. y ALEXANDER, E. R. (1991). What is transmitted in intergenerational transmission of violence? *Journal of Marriage and the Family*, 53, 657-668.
- BARNETT, O. W., MARTÍNEZ, T. y BLEUSTEIN, B. (1995). Jealousy and anxious romantic attachment in maritally violent and nonviolent males. *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 221-233.
- BARNETT, O. W., MILLER-PERRIN, C. L. y PERRIN, R. (1997). *Family violence across lifespan*. Londres: Sage.
- BAUMEISTER, R., SMART, L. y BODEN, J. (1999). Relation of threatened egotism to violence and aggression: the dark side of high self-esteem. En R. Baumeister (Ed.), *The self in social psychology*. Hove: Psychology Press.
- BOWLBY, J. (1980). *Attachment and loss*. Nueva York: Basic Books.
- CHOICE, P., LAMKE, L. y PITTMAN, J. F. (1995). Conflict resolution strategies and marital distress as mediating factors in the link between witnessing interparental violence and wife battering. *Violence and Victims*, 10, 107-119.
- DAVIES, P. T. y CUMMINGS, E. M. (1994). Marital conflict and child adjustment: An emotional security hypothesis. *Psychological Bulletin*, 116, 387-411.
- DOWNEY, G., FREITAS, A., MICHAELIS, B. y KHOURI, H. (1998). The self-fulfilling prophecy in close relationships: Rejection sensitivity and rejection by romantic partners. *Journal of Personality and Social Psychology*, 75, 545-560.
- EGELAND, B. (1993). A history of abuse is a major risk factor for abusing the next generation. En R. Gelles y D. Loseke (Eds.), *Current controversies on family violence*. Londres: Sage.
- FEENEY, J. y NOLLER, P. (1996). *Adult Attachment*. Londres: Sage.
- GONDOLF, E. (1993). Male batterers. En R. Hampton, T. Gullota, G. Adams, E. Potter, y R. Wessberg (Eds.), *Family violence. Prevention and treatment*. Londres: Sage.
- HENNING, K., LEINTENBERG, H., COFFEY, P., TURNER, T. y BENNET, R. (1996). Long-term psychological and social impact of witnessing physical conflict between parents. *Journal of Interpersonal Violence*, 11, 35-51.
- KANTOR, G. K. y JASINSKI, J. (1998). Dynamics and risk factors in partner violence. En J. Jasinsky y L. Williams (Eds.), *Partner violence. A comprehensive review of 20 years of research*. Londres: Sage.
- KAUFMAN, J. y ZIGLER, E. (1993). The intergenerational transmission of abuse is overstated. En R. Gelles y D. Loseke (Eds.), *Current controversies on family violence*. Londres: Sage.
- LÓPEZ, F. (1998). La familia como contexto de desarrollo de los adultos. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Eds.), *Familia y desarrollo humano*. Madrid: Alianza.
- O'KEEFE, M. (1998). Factors mediating the link between witnessing interparental violence and dating violence. *Journal of Family Violence*, 13, 39-57.
- PRINCE, J. y ARIAS, I. (1994). The role of perceived control and the desirability of control among abusive and nonabusive husbands. *American Journal of Family Therapy*, 22, 126-134.
- STITH, S. y FARLEY, S. (1993). A predictive model of male spousal violence. *Journal of Family Violence*, 8, 183-201.
- STRAUS, M. A. (1979). Measuring intrafamily conflict and aggression: The Conflict Tactics Scale. *Journal of Marriage and the Family*, 41, 75-88.
- WIDOM, C. S. (1989). Does violence beget violence? A critical examination of the literature. *Psychological Bulletin*, 106, 3-28.
- WOLAK, J. y FINKELHOR, W. (1998). Children exposed to partner violence. En J. Jasinsky y L. Williams (Eds.), *Partner violence. A comprehensive review of 20 years of research*. Londres: Sage.
- YANES, J. M. y GONZÁLEZ, R. (2000). Correlatos cognitivos asociados a la experiencia de violencia interparental. *Psicothema*, 12, 41-48.

4.2. Conclusiones del estudio 2

Los resultados de este estudio confirmaron que es posible predecir la violencia hacia la pareja a partir del nivel de responsabilidad atribuido a los progenitores por sus conflictos. Esto resulta coherente con las conclusiones de otros estudios, que subrayan la importancia de la interpretación de la experiencia sobre el nivel de exposición en el proceso de transmisión (Holt, Buckley y Whelan, 2008; Lichter y McCloskey, 2004).

Por otro lado, los resultados sugieren que la repetición de la violencia en los hijos e hijas parece más probable cuando la violencia marital observada se interpreta de forma favorable al progenitor del mismo sexo. En concreto, encontramos que los varones con mayor riesgo son aquellos que atribuyen menos responsabilidad a sus padres y más a sus madres; mientras que, en el caso de las chicas, son aquellas que responsabilizan menos a sus madres. En este caso, sin embargo, la investigación no ha encontrado un patrón de género consistente (Holt et al., 2008). Así, mientras algunos estudios indican que los problemas externalizantes tienen mayor prevalencia entre los chicos y los internalizantes entre las chicas; otros no detectan diferencias o encuentran mayor externalización entre estas últimas. Esta inconsistencia ha llevado al análisis de posibles variables moderadoras como el estilo parental, que puede ser diferente según se trate de hijos o hijas (Olaya, Ezpeleta, De la Osa, Granero y Doménech, 2010).

5. La selección de pareja como mecanismo facilitador de la transmisión de la violencia

El extenso trabajo de Frisell, Lichtenstein y Långström (2010) ha supuesto la confirmación de que la violencia se transmite en determinadas familias, y que en dicho proceso intervienen tanto los genes como las condiciones del entorno. Sin embargo, tal como señalan Patrick y Vaidyanathan (2011), sigue sin establecerse cómo se produce la transmisión. En este sentido, estos autores señalan algunas premisas que deberían ser consideradas por quienes pretendan dar respuesta a dicho interrogante:

1) La idea más aceptada actualmente es que el determinismo genético es más bien una excepción que una regla. Por ejemplo, la vulnerabilidad se establece a partir de una combinación de genes en la mayoría de las patologías. En este sentido, la transmisión de la violencia en las familias respondería únicamente a una propensión hacia la agresión. De hecho, la prevalencia de individuos violentos dentro de las familias es baja en términos absolutos, aunque sea alta en términos relativos (Frisell et al., 2010).

2) Determinados factores como la edad o el género pueden actuar como moderadores de la influencia genética y ambiental. Por ejemplo, hay evidencia de que la exposición más temprana suele asociarse a peores consecuencias (Kitzmann et al., 2003). Igualmente, se han detectado diferencias de género que parecen asociarse al nivel de identificación con uno u otro progenitor, y a su papel dentro de la relación (Hendy et al., 2003).

3) La emergencia de las disposiciones conductuales depende de la interacción entre la influencia genética y ambiental. Dicha interacción se ve facilitada dentro del entorno familiar debido a que los miembros de una misma familia tienden a verse expuestos a condiciones similares, aunque no idénticas. Sin embargo, hay otros mecanismos como el emparejamiento selectivo (*assortative mating*) que también podrían facilitar la transmisión de la violencia.

De acuerdo con este mecanismo, la formación de parejas dista mucho de ser aleatoria, ya que las personas que comparten determinados antecedentes y/o estilos de vida tienen más probabilidades de relacionarse entre sí. En este sentido, el emparejamiento

selectivo se ve propiciado tanto por restricciones involuntarias (el barrio donde se vive, el abandono de los estudios, etc.) como por la exposición activa a determinados entornos (lugares frecuentados y actividades en las que se participa, etc.) (Capaldi y Gorman-Smith, 2003).

Las preferencias al elegir pareja también podrían favorecer un emparejamiento selectivo. Por ejemplo, la atracción por la semejanza es un principio perfectamente asentado por la investigación (Berscheid y Reis, 1998). Entre otras cosas, esto supone que las personas con determinados problemas pueden buscarse entre sí (Rhule-Louie y McMahon, 2007). Esta misma idea fue sugerida por Zayas y Shoda (2007) al analizar las preferencias de estudiantes que habían tenido una relación abusiva.

Partiendo de estas ideas, nos propusimos explorar el papel de las preferencias en la transmisión de la violencia. Concretamente, queríamos analizar si la preferencia por parejas con rasgos que implican mayor riesgo puede facilitar que los y las adolescentes que han estado expuestos a la violencia de sus progenitores terminen implicados en relaciones violentas.

Objetivo: Analizar, en adolescentes con y sin exposición a la violencia de sus progenitores, la relación entre sus preferencias a la hora de elegir pareja, sus estilos de apego y su implicación en relaciones violentas, como víctimas o como agresores.

Hipótesis 1. La preferencia por parejas con características inadecuadas será mayor entre aquellos que indiquen haber observado violencia en sus progenitores que entre los que no la hayan observado.

Hipótesis 2. Cuanto mayor sea la preferencia por parejas con características inadecuadas, mayor será el nivel de perpetración y victimización, pero sólo entre aquellos que indiquen haber observado violencia en sus progenitores.

Hipótesis 3. Cuanto mayor sea el nivel de exposición a la violencia de los progenitores y la preferencia por parejas inadecuadas, mayor será el nivel de perpetración y victimización, pero sólo entre aquellos con apego inseguro (alta ansiedad y/o evitación).

5.1. Gonzalez-Mendez, R., Yanes, J. M. y Ramírez-Santana, G. (2015). Witnessing partner violence: exploring the role of partner preferences on dating violence. *Journal of Interpersonal Violence*. doi: 0.1177/0886260515588533

Witnessing Partner Violence: Exploring the Role of Partner Preferences on Dating Violence

Journal of Interpersonal Violence
1–14
© The Author(s) 2015
Reprints and permissions:
sagepub.com/journalsPermissions.nav
DOI: 10.1177/0886260515588533
jiv.sagepub.com


Rosaura Gonzalez-Mendez, PhD,¹ José M. Yanes, MSc¹
and Gustavo Ramírez-Santana, PhD¹

Abstract

Research has shown that witnessing partner violence (WPV) increases the likelihood of experiencing or perpetrating violence in later romantic relationships, but little is known about the mechanisms underlying this process. This study examines the relationships between preference for unsuitable partners and teen dating violence (TDV) among adolescents who have witnessed parental violence or not. Attachment was also considered. Participants were 356 adolescents, both witnesses and non-witnesses of partner violence. Results showed no difference in preferences (for good, risky, or loving partners) between the two groups. However, preference for unsuitable partners did significantly predict TDV perpetration and victimization, but only among witnesses. Also, loving-partner preference moderates the relationship between WPV and TDV perpetration among highly avoidant witnesses. Findings indicate a new avenue for prevention through targeting partner preferences.

Keywords

teen dating violence, witnessing partner violence, partner preferences, attachment, adolescents

Research has shown that adults and adolescents who were exposed to intimate partner violence between their parents have an increased likelihood of perpetrating or experiencing violence in their own intimate relationships (Kaukinen, 2014; Temched et al., 2008; Vani et al., 2013), along with suffering other negative consequences (Kitzmann, Gaylord, Holt, & Kenny, 2003). This association was initially attributed to social learning, giving rise to the hypothesis of intergenerational transmission of family violence (Straus, Gelles, & Steinmetz, 1980). However, the process of witnessing partner violence (WPV) has proved to be more complex than first thought. For example, only about 30% of men in the community who witnessed this type of violence during their childhood become violent with their intimate partners (DeSol & Margolin, 2004). After abandoning the idea that children are passive recipients of what they observe, researchers have begun to examine the role of a number of factors that might explain differences detected in this process (Godbout, Dutton, Lussier, & Sabourin, 2009; Kinsfogel & Grych, 2004; Tajina, Herrenkohl, Moylan, & Derr, 2010).

Attachment styles are among the factors being analyzed to better understand the consequences of exposure to parental violence. According to attachment theorists, the quality of the child–parent attachment bond affects social and emotional development, through rudimentary conceptual representations of the self and others (Bartholomew & Horowitz, 1991; Bowlby, 1973). It is assumed that early experiences with caregivers lead to different attachment

styles, which emerge from two underlying dimensions: anxiety over abandonment and avoidance of intimacy. These attachment styles continue to guide the individual's emotions, cognitions, and behaviors in later relationships (Simpson & Rholes, 2010). In this sense, evidence indicates that the quality of parenting is clearly affected when parental violence occurs, and that children tend to respond with a highly negative affect and cognition (Lloyd, 2013). Furthermore, research has found that early experiences of violence relate to adult intimate partner violence, both directly and indirectly, through insecure attachment (Godbout et al., 2009). In addition, insecurely attached individuals (i.e., those who score higher in anxiety and/or avoidance) are more likely to be both victims and perpetrators of dating aggression in their relationships (Karakurt, Keiley, & Posada, 2013).

Relationship dynamics are predicted by attachment styles but may also be affected by the choice of romantic partners. Indeed, choosing unsuitable partners may increase the likelihood of conflicts and violence in relationships. There is as yet little evidence linking attachment styles, partner preferences, and dating violence. However, some findings point in this direction. Although Cohen and Belsky (2008) found that female mate preferences are condition-dependent, they also detected that female dismissing-avoidant respondents showed different interests (e.g., for shorter-term relationships) than preoccupied or secure respondents. In a similar vein, Shorey, Cornelious, and Bell (2008) suggested that insecurely attached individuals seem to gravitate toward partners who may be abusive. Moreover, Zayas and Shoda (2007) have noted that intimate partner choices might facilitate the development of violent relationships, because the preferences shown by male perpetrators and female victims seem to lead them to choose each other. On the assumption that a relationship between these factors does exist, it is possible to take it a step further and hypothesize a connection with WPV. Thus, for individuals who had been exposed to parental violence, there would be an unfavorable interplay between disposition and environmental conditions if they chose unsuitable partners. By contrast, if they chose more suitable partners, they would face a lower risk in their intimate relationships.

According to the General Aggression Model (GAM), both personal and situational factors significantly increase the likelihood of different forms of violence, including that directed against an intimate partner (DeWall, Anderson, & Bushman, 2011). In this sense, WPV, insecure attachment, and unsuitable preferences may be conceptualized as personal characteristics that predispose one to teen dating violence (TDV). However, although research has proved the link between violence and the first two factors, the association between these constructs and unsuitable preferences has not yet been analyzed. Moreover, dysfunctional dynamics have been signaled among those situational factors responsible for eliciting TDV, which is supposed to be more likely among those who are predisposed to responding aggressively. From this framework (Figure 1), this study is aimed at examining the relationships between dating partner preferences, attachment styles, and TDV among adolescents who report either having witnessed partner violence between their parents or not. Specifically, the hypotheses are as follows:

Hypothesis 1: The preference for dating partners with unsuitable characteristics will be greater among those participants who report WPV involving their parents (witnesses) than among those who do not (non-witnesses).

Hypothesis 2: The greater the preference for dating partners with unsuitable characteristics, the higher the level of TDV perpetration and victimization, but only among those who report WPV involving their parents (witnesses).

Hypothesis 3: The greater the exposure to intimate partner violence involving parents and the preference for unsuitable partners, the higher the level of TDV perpetration and victimization, but only among the insecurely attached (high anxiety and/or high avoidance).

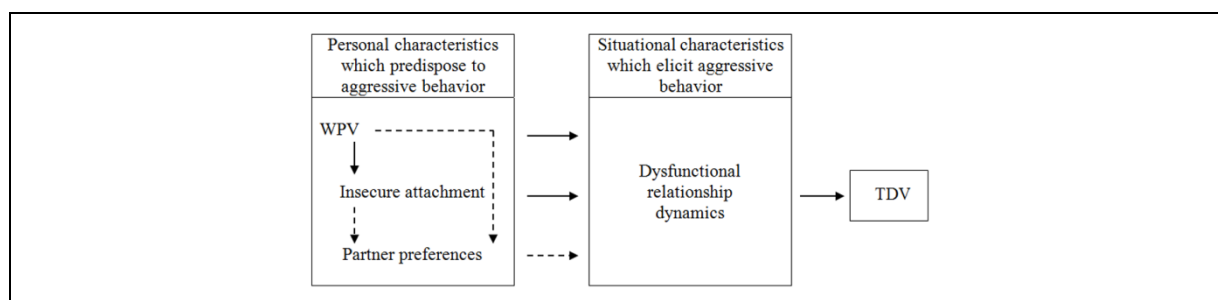


Figure 1. Theoretical model describing proposed link between WPV, insecure attachment, unsuitable partner preferences, and TDV.

Note. Solid lines indicate paths supported by some evidence, and dotted lines show new hypothesized paths. WPV = witnessing partner violence; TDV = teen dating violence.

Method

Participants and Procedure

A subsample of a large sample of adolescents was selected for this study. Participants were 356 adolescents (190 girls and 166 boys) who currently had—or had had in the past—at least one opposite-sex partner ($n = 322$), same-sex partner ($n = 7$), or both types of partners ($n = 27$). Their ages ranged from 12 to 20 ($M = 15.66$, $SD = 1.23$ years). Among participants, 19.9% claimed to have witnessed some degree of parental violence (witnesses).

Before the start of the study, permission was requested from participants' high schools and families. In addition, compliance with ethical standards has been positively assessed by the Institutional Review Board. Data collection was carried out by means of a questionnaire given to all students during school hours. All participants received identical instructions and responded to the same questionnaire. Student participation was voluntary, and participants were assured in advance of their anonymity. No participants received extra credit, but only 0.5% refused to participate.

Measures

Along with questions about demographic characteristics and romantic experience, the instrument consisted of several scales.

Attachment. Attachment styles were measured through the Spanish adaptation (Fernández-Fuertes, Orgaz, Fuertes, & Carcedo, 2011) of the Experiences in Close Relationships–Revised Scale (ECR-R; Fraley, Waller, & Brennan, 2000). This 18-item scale ranges from 1 (*strongly*

disagree) to 7 (*strongly agree*), with 9 items to assess anxiety about abandonment and another 9 items to measure avoidance of intimacy. Scores on each of these dimensions allow for the description of different attachment styles. Thus, individuals who score lower in both dimensions are considered as secure, those who score higher in avoidance and lower in anxiety are described as dismissing-avoidant, those who score higher in anxiety and lower in avoidance are preoccupied, and those who score higher in both dimensions are fearful. Internal consistency was obtained through Cronbach's alpha, reaching values of .87 and .86, respectively.

TDV victimization/perpetration. Psychological abuse and physical violence were measured through two different scales. First, the Safe Dates–Psychological Abuse Victimization subscale, developed by Foshee et al. (1998), was used for assessing both psychological abuse victimization and perpetration. This subscale consists of 14 items that measure the following: verbal aggression (said things to hurt my feelings on purpose, brought up something from the past to hurt me, etc.), control of intimate partner (told me I could not talk to someone of the opposite sex, etc.), and interrupted physical aggression (threw something at me but missed, etc.).

Second, a shortened version of the Conflict Tactics Scale (CTS; Straus, 1979) was used to measure physical violence victimization and perpetration. In all cases, participants were required to estimate both how often different behaviors were shown by themselves (perpetration) or their partners (victimization). Responses for both scales ranged from 0 (*never*) to 3 (*very often*). Finally, two global TDV indexes were computed (one for perpetration and another for victimization), adding all items of the Psychological Abuse scale and two of the physical violence items (pushing and hitting). Cronbach's alpha reached a value of .82 for both perpetration and victimization.

WPV. The same version of the CTS (Straus, 1979). was used to measure WPV involving their parents. In this case, participants were required to estimate how often they had witnessed their fathers and mothers showing these behaviors during their conflicts. Their responses ranged from 0 (*never*) to 10 (*very often*). Four items of this scale (threatening with harm, throwing objects, pushing, and hitting) were used to compute a global parental violence index ($\alpha = .90$), adding fathers' and mothers' scores.

Dating partner preferences. After reviewing the literature on intimate partner preferences (Lippa, 2007; Zayas & Shoda, 2007), we carried out an initial study analyzing 34 desirable and risk partner characteristics (Gonzalez-Mendez, Martín, & Hernández-Abrante, 2014). For the present study, three scales were selected to assess preference for three types of dating partners: good, risky, and loving. The first comprised four traits (intelligent, honest, kind, and with a sense of humor), the second had five (loves risk, likes to break the rules, rebellious, jealous, and controlling), and the third included two traits (romantic and affectionate). These three scales were used to measure participants' dating partner preferences. Responses ranged from 0 (*not at all*) to 10 (*very much*). Cronbach's alphas for these scales ranged from .65 to .72.

Results

To test Hypotheses 1 and 2, we first computed a composite index including any aggression from either parent toward the intimate partner. Subsequently, participants were classified into two groups. Those who reported having witnessed any form of intimate partner violence involving parents (frequency > 0) were categorized as *witnesses*, and those who did not (frequency = 0) were categorized as *non-witnesses*. Zero-order correlations for each of these groups are shown in Table 1.

Table 1. Correlations, Means, and Standard Deviation Among Variables.

	Non Witnesses (<i>n</i> = 144)			Witnesses (<i>n</i> = 114)			Range	1	2	3	4	5	6	7
	<i>M</i>	<i>SD</i>	Range	<i>M</i>	<i>SD</i>									
1. TDV perpetration	0.18	0.20	0-1	0.26	0.36	0-2.56		.76**	-.09	.06	-.14	.10	.10	
2. TDV victimization	0.23	0.28	0-1.81	0.32	0.37	0-1.81	.76**		-.11	.20	-.22**	.20*	.11	
3. Preference for good partners	8.24	1.05	4.50-10	8.29	1.18	3-10	-.10	-.09		-.01	.21**	-.32**	.01	
4. Preference for risk partners	3.73	1.55	0-8.60	3.77	1.70	0-10	.16	.09	-.02		.15*	-.05	.22**	
5. Preference for loving partners	8.40	1.39	3-10	8.44	1.67	2-10	.07	.00	.18*	.03		-.29**	.24**	
6. Avoidance	2.47	1.08	1-6.44	2.33	1.07	1-5.44	-.02	.13	-.21*	-.07	-.32**		.04	
7. Anxiety	3.65	1.43	1.11-6.78	3.74	1.37	1-6.67	.31**	.31**	-.10	.15	.13	.05		

Note. Correlations for non-witnesses are reported above the diagonal, and those for witnesses below the diagonal. TDV = teen dating violence.

* $p < .05$. ** $p < .01$.

Levene's test indicated that the variances of the two populations were not homogeneous with respect to TDV perpetration and victimization. Thus, Welch's test was carried out to compare witness and non-witness participants on these measures. Results confirmed significant differences for both TDV perpetration $F(1, 206.179) = 6.07, p < .05, \eta_p^2 = .02$, and victimization, $F(1, 246.583) = 6.06, p < .05, \eta_p^2 = .02$. Specifically, witnesses reported a higher level of TDV perpetration ($M = 0.26, SD = 0.36$) and victimization ($M = 0.32, SD = 0.37$) than non-witnesses ($M = 0.18, SD = 0.20$ and $M = 0.22, SD = 0.28$, respectively). By contrast, an ANOVA did not show any significant differences regarding preferences, which allowed us to reject Hypothesis 1.

To test Hypothesis 2, the data analyses followed several steps. First, the 33rd and 66th percentile composite scores on TDV perpetration and victimization were determined separately. Participants classified as "low" (-33 percentile) and "high" (67- percentile) in each of these two measures were selected for subsequent analyses. In a second step, witness and non-witness participants were separated before binary logistic regression analyses were performed to predict either TDV perpetration or victimization in each of these two groups.

As stated in Hypothesis 2, a preference for unsuitable partners should significantly predict TDV perpetration among witnesses but not among non-witnesses. Specifically, belonging to the most violent group was predicted by a higher preference for risky partners ($B = 0.46$, Wald's test = 4.13, $df = 1, p < .05, SE = .23$, odds ratio [OR] = 1.59, 95% confidence interval [CI] = [1.02, 2.49]) and a lower preference for good partners ($B = -0.54$, Wald's test = 4.30,

$df = 1, p < .05, SE = .26, OR = 0.58, 95\% CI = [0.35, 0.97]$). This model allows for the correct classification of 62.6% of witnesses (68.8% of the true-negatives and 55.8% of the true-positives).

In the same way, a lower preference for good partners increases the likelihood of TDV victimization among witnesses but not among non-witnesses ($B = -0.52, Wald's test = 4.74, df = 1, p < .05, SE = .24, OR = 0.59, 95\% CI = [0.37, 0.95]$). In this case, the model correctly classified 63.5% of the witnesses (55.8% of the true-negatives and 69.8% of the true-positives).

Regarding attachment, an ANOVA was carried out to compare witnesses' and non-witnesses' scores on anxiety and avoidance. Results did not show significant differences in any case. Several steps were then followed to test Hypothesis 3. First, the 33rd and 66th percentile composite scores on anxiety and avoidance dimensions were determined separately, and participants were classified as "low" (-33 percentile) and "high" (67- percentile) in each of these two attachment styles. Second, binary logistic regression analyses to predict TDV were performed after separating participants by their level of anxiety (high or low) and then by their level of avoidance (high or low). These regressions included the level of WPV and partner preferences as covariates.

When teens were separated according to their level of avoidance, a significant interaction between WPV and loving-partner preference predicted TDV perpetration among highly avoidant participants only ($B = 1.97, Wald's test = 4.45, df = 1, p < .05, SE = .94, OR = 7.21, 95\% CI = [1.15, 45.13]$). This model correctly classified 78.1% of the witnesses (90% of the true-negatives and 58.3% of the true-positives). As shown in Figure 2, those who are highly avoidant and less interested in loving partners show similar levels of TDV perpetration, irrespective of whether they are high or low in WPV. By contrast, TDV perpetration levels in teens who are highly interested in loving partners are higher when they are witnesses and lower when they are non-witnesses.

Discussion

Although research has shown that WPV increases the likelihood of experiencing and/or perpetrating violence in later romantic relationships (e.g., Temched et al., 2008), little is known about the mechanisms underlying this process. This study explores the role of partner preferences in the association between WPV and TDV perpetration/victimization, analyzing whether witnesses and non-witnesses show different preferences, and whether this predicts TDV perpetration and victimization.

As far as we know, research has not analyzed the relationship between WPV and partner preferences. However, several findings suggest that these are pieces of the same puzzle. As is the case with attachment, choosing unsuitable partners may facilitate dysfunctional dynamics and contribute to the development of violent relationships. In this sense, some researchers have suggested that insecurely attached individuals may gravitate toward partners who make abusive relationships more likely (Shorey et al., 2008) and that partner preferences may lead members of violent couples to choose each other (Zayas & Shoda, 2007). Moreover, research has also demonstrated the relationships between WPV, insecure attachment, and TDV perpetration/victimization (Godbout et al., 2009; Karakurt et al., 2013).

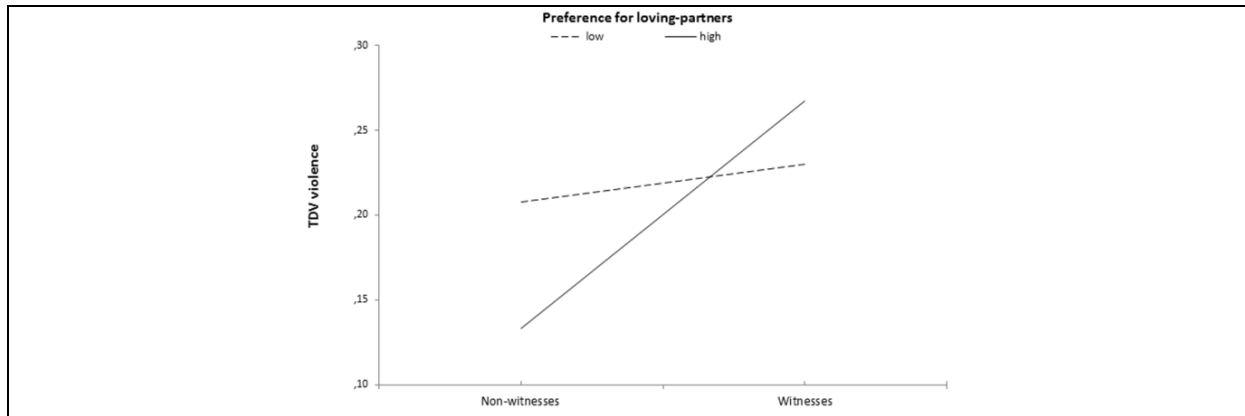


Figure 2. TDV preparation among highly avoidant teens according to their level of WPV and preference for loving partners.
Note. TDV = teen dating violence; WPV = witnessing partner violence.

Taking all this into account, it was hypothesized that unsuitable partner preferences would be higher among teens who have witnessed intimate partner violence between their parents than among non-witnesses (Hypothesis 1), and that these preferences would be associated with a higher risk of TDV perpetration and victimization (Hypothesis 2). Contrary to the assertion in Hypothesis 1, our results showed no difference in partner preferences between witnesses and non-witnesses. However, although WPV does not consistently lead to unsuitable preferences, it is precisely those individuals who combine WPV and an interest for unsuitable partners who have a higher risk of TDV perpetration and victimization. Indeed, our results support Hypothesis 2, as unsuitable preferences only increase the likelihood of TDV among witnesses. Specifically, a lower interest for good partners (intelligent, honest, kind, and with a sense of humor) increases the likelihood of both experiencing and perpetrating TDV. In addition, the higher the interest in risk traits (loves risk, likes to break the rules, rebellious, jealous, and controlling), the higher the risk of TDV perpetration.

Different reasons may lead adolescents to prefer unsuitable partners. Among some peer groups, preference for certain partner characteristics such as rebelliousness or jealousy may be normative. However, the results of this study indicate that the risk that this entails is significantly greater in witnesses of partner violence than in non-witnesses. At least in part, it may be that unsuitable partners are more likely to contribute to dysfunctional dynamics, which will be more dangerous for those teens with more difficulties in regulating their emotions. In this way, choosing unsuitable partners would make teens who have witnessed partner violence more likely become involved in violent relationships.

Moreover, similarity is a well-documented predictor of attraction, and rebellious individuals and risk-takers tend to associate with others who are similar to them (Rhule-Louie & McMahan, 2007). Therefore, it is possible that those who prefer risky and not so good partners are more predisposed to problem behavior. Research has also demonstrated that WPV influences the acquisition of beliefs that violence is justifiable and effective, which increases the likelihood of engaging in aggression (Kinsfogel & Grych, 2004). Thus, teen

witnesses of partner violence interested in unsuitable partners might also be more inclined to justify violence and become involved in episodes of aggression.

Hypothesis 3 was only confirmed among highly avoidant teens. In this case, a significant interaction between WPV and loving-partner preference supports the moderating role of preferences on transmission of the parental violence witnessed. Although witnesses and non-witnesses who expressed less interest in loving partners did not differ in TDV perpetration, those who expressed more interest in loving partners did show significant differences. Specifically, the highest level of TDV perpetration was shown by those highly exposed to WPV who prefer loving partners.

Although it seems reasonable that a preference for loving partners would be a protective factor among teens, the attachment perspective warns against this type of romantic longing. Among highly anxious people, a strong pursuit of emotional closeness usually associates with a poor self-image, which hinders close relationships (Bartholomew & Horowitz, 1991). Among highly avoidant teens, it might indicate a contradictory desire that often characterizes fearful-avoidant individuals. Therefore, those teen witnesses who show a high preference for loving partners would seem to pursue a difficult goal, that is, an affectionate partner who does not demand intimacy.

In summary, the results obtained support the need to analyze partner preferences to better understand the consequences of WPV on dating relationships. Unsuitable preferences are not inevitable among witnesses, but those who do show these preferences are at an increased risk of reproducing/experiencing such violence in their relationships. The findings also indicate a new avenue for prevention, because teens' partner preferences may be targeted. However, this approach requires that we understand the functions that these preferences satisfy. Whether unsuitable preferences are normative in a peer group and/or whether they fit teens' views of themselves and their relationships will result in different scenarios and will probably require different intervention strategies.

The conclusions discussed above should be considered as preliminary until the findings can be replicated in a larger sample of adolescents. Also, it is necessary to highlight some of the limitations of this study. First, WPV is frequently associated with several forms of maltreatment and exposure to other forms of family violence (Hamby, Finkelhor, Turner, & Ormrod, 2010). This means that the consequences of WPV may be different depending on whether it is accompanied or not by other forms of violence.

Moreover, there are some relevant variables from the peer context that have proved to be relevant in predicting TDV victimization and perpetration among those who have witnessed parental violence. Indeed, the evidence indicates that peer influence may be greater than family influence for dating violence (Arriaga & Foshee, 2004). In this sense, future research should pay more attention to peer influence on partner preferences, because shared romantic ideals for unsuitable partners may increase risk among those exposed to WPV.

Finally, it would also be desirable to analyze longitudinally the relationship between preferences and TDV among adolescents who either have witnessed intimate partner violence between their parents or not. In this sense, gender should also be taken into account in future analyses.

Declaration of Conflicting Interests

The author(s) declared no potential conflicts of interest with respect to the research, authorship, and/or publication of this article.

Funding

The author(s) disclosed receipt of the following financial support for the research, authorship, and/or publication of this article: This research was funded in part by the Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad (Spain) and European Social Fund under Grant 53/12.

References

- Arriaga, X. B., & Foshee, V. A. (2004). Adolescent dating violence: Do adolescents follow in their friends', or their parents', footsteps? *Journal of Interpersonal Violence, 19*, 162-184. doi:10.1177/0886260503260247
- Bartholomew, K., & Horowitz, L. M. (1991). Attachment styles among young adults: A test of a four-category model. *Journal of Personality and Social Psychology, 61*, 226-244. doi:10.1037//0022-3514.61.2.226
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and Loss: Vol. 2. Separation: Anxiety and anger*. London, England: Hogarth Press.
- Cohen, D. L., & Belsky, J. (2008). Individual differences in female mate preferences as a function of attachment and hypothetical ecological conditions. *Journal of Evolutionary Psychology, 6*, 25-42. doi:10.1556/JEP.2008.1001
- DelSol, C., & Margolin, G. (2004). The role of family-origin violence in men's marital violence perpetration. *Clinical Psychology Review, 24*, 99-122. doi:10.1016/j.cpr.2003.12.001
- DeWall, C. N., Anderson, C. A., & Bushman, B. J. (2011). The general aggression model: Theoretical extensions to violence. *Psychology of Violence, 1*, 245-258. doi:10.1037/a0023842
- Fernández- Fuertes, A. A., Orgaz, B., Fuertes, A., & Carcedos, R. (2011). La evaluación del apego romántico en adolescentes españoles: validación de la versión reducida del Experiences in Close Relationships-Revised (ECR-R) [Romantic attachment assessment in Spanish adolescents: Validation of the short version of the Experiences in Close Relationships-Revised (ECR-R)]. *Anales de Psicología, 27*, 827-833.
- Foshee, V. A., Bauman, K. E., Arriaga, X. B., Helms, R. W., Koch, G. G., & Linder, G. F. (1998). An evaluation of Safe Dates, an adolescent dating violence program. *American Journal of Public Health, 88*, 45-50. doi:10.2105/ajph.88.1.45
- Fraley, R. C., Waller, N. G., & Brennan, K. A. (2000). An item response theory analysis of self-report measures of adult attachment. *Journal of Personality and Social Psychology, 78*, 350-365. doi:10.1037//0022-3514.78.2.350
- Godbout, N., Dutton, D. G., Lussier, Y., & Sabourin, S. (2009). Early exposure to violence, domestic violence, attachment representations, and marital adjustment. *Personal Relationships, 16*, 365-384. doi:10.1111/j.1475-6811.2009.01228.x

- Gonzalez-Mendez, R., Martín, A., & Hernández-Abrante, L. (2014). At the end of a fairy tale. Romantic relationships in female juvenile offenders. *Journal of Forensic Psychiatry and Psychology*, *25*, 584-599. doi: 10.1080/14789949.2014.943794
- Hamby, S., Finkelhor, D., Turner, H., & Ormrod, R. (2010). The overlap of witnessing partner violence with child maltreatment and other victimizations in a nationally representative survey of youth. *Child Abuse & Neglect*, *34*, 734-741. doi:10.1016/j.chiabu.2010.03.001
- Karakurt, G., Keiley, M., & Posada, G. (2013). Intimate relationship aggression in college couples: Family-of-origin violence, egalitarian attitude, attachment security. *Journal of Family Violence*, *28*, 561-575. doi:10.1007/s10896-013-9526-9
- Kaukinen, C. (2014). Dating violence among college students: The risk and protective factors. *Trauma, Violence, & Abuse*, *15*, 283-296. doi:10.1177/1524838014521321
- Kinsfogel, K. M., & Grych, J. H. (2004). Interparental conflict and adolescent dating relationships: Integrating cognitive, emotional, and peer influences. *Journal of Family Psychology*, *18*, 505-515. doi:10.1037/0893-3200.18.3.505
- Kitzmann, K. M., Gaylord, N. K., Holt, A. R., & Kenny, E. D. (2003). Child witnesses to domestic violence: A meta-analytic review. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, *71*, 339-352. doi:10.1037/0022-006x.71.2.339
- Lippa, R. A. (2007). The preferred traits of mates in a cross-national study of heterosexual and homosexual men and women: An examination of biological and cultural influences. *Archives of Sexual Behavior*, *36*, 193-208. doi:10.1007/s10508-006-9151-2
- Lloyd, S. A. (2013). Family violence. In G. W. Peterson & K. R. Busch (Eds.), *Handbook of marriage and the family*. Oxford, UK: Springer (pp. 449-485).
- Rhule-Louie, D. M., & McMahon, R. J. (2007). Problem behavior and romantic relationships: Assortative mating, behavior contagion, and desistance. *Clinical Child and Family Psychology Review*, *10*, 53-100. doi:10.1007/s10567-006-0016-y
- Shorey, R. C., Cornelious, T. L., & Bell, K. M. (2008). A critical review of theoretical frameworks for dating violence: Comparing the dating and marital fields. *Aggression and Violent Behavior*, *13*, 185-194. doi:10.1016/j.avb.2008.03.003
- Simpson, J. A., & Rholes, W. S. (2010). Attachment and relationships: Milestones and future directions. *Journal of Social and Personal Relationships*, *27*, 173-180. doi:10.1177/0265407509360909
- Straus, M. A. (1979). Measuring intrafamily conflict and violence: The conflict tactics scale. *Journal of Marriage and Family*, *41*, 75-88. doi:10.2307/351733
- Straus, M. A., Gelles, R. J., & Steinmetz, S. K. (1980). *Behind closed doors: Violence in the American family*. New York, NY: Anchor Books.
- Tajina, E. A., Herrenkohl, T. I., Moylan, C. A., & Derr, A. S. (2010). Moderating the effects of childhood exposure to intimate partner violence: The roles of parenting characteristics and adolescent peer support. *Journal of Research on Adolescence*, *21*, 376-394. doi:10.1111/j.1532-7795.2010.00676.x
- Temched, C., Serbin, L., Martin-Storey, A., Stack, D., Hodgins, S., Ledingham, J., & Schwartzman, A. E. (2008). Continuity and pathways from aggression in childhood to

family violence in adulthood: A 30-year longitudinal study. *Journal of Family Violence*, 23, 231-242. doi:10.1007/s10896-007-9147-2

Vani, K. J., Rothman, E., Lutzman, N. E., Thar, A. T., Hall, D. M., & Breiding, M. J. (2013). Beyond correlates: A review of risk and protective factors for adolescent dating violence perpetration. *Journal of Youth Adolescence*, 42, 633-649. doi:10.1007/s10964-013-9907-7

Zayas, V., & Shoda, Y. (2007). Predicting preferences for dating partners from past experiences of psychological abuse: Identifying the psychological ingredients of situations. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 33, 123-138. doi:10.1177/0146167206293493

Author Biographies

Rosaura Gonzalez-Mendez, PhD, is an associate professor in the Department of Cognitive and Social Psychology at the University of La Laguna, Spain. Her research interests include the etiology and prevention of dating violence.

José M. Yanes, MSc, is a doctoral candidate in the Clinical Psychology Program at the University of La Laguna.

Gustavo Ramírez-Santana, PhD, is an associate professor in methodology of the behavioral sciences at the University of La Laguna, Spain. He lectures on data analysis, and his research interests are related to applied studies and simulations about the robustness and power of different statistical techniques.

5.2. Conclusiones del estudio 3

De acuerdo con los resultados de este estudio, los y las adolescentes expuestos a la violencia de sus progenitores no difieren en sus preferencias de los que no han estado expuestos. Sin embargo, se confirma que la preferencia por rasgos “inadecuados” sólo incrementa el riesgo de violencia (perpetración y victimización) entre quienes han tenido dicha experiencia en el entorno familiar. Por un lado, la preferencia por parejas menos inteligentes, honestas, amables, etc. se asocia a mayor riesgo de victimización y perpetración; mientras que un mayor interés por rasgos como rebeldía, celos, gusto por saltarse las normas, etc. se asocia a mayor riesgo de perpetración. Por otro lado, los resultados muestran mayor riesgo de perpetración entre quienes, además de ser altos en evitación y preferencia por parejas cariñosas, han observado la violencia de sus progenitores.

Los resultados confirman el papel moderador de las preferencias en la repetición de la violencia observada, ya sea como víctimas o como agresores. En términos generales, es de esperar que las personas expuestas a un entorno familiar violento tiendan a responder a los conflictos de forma menos constructiva (por ejemplo, con mayor agresividad, sumisión o retirada). Si además sus preferencias les llevan a elegir parejas más conflictivas o carentes de rasgos positivos, la escalada de los conflictos resultará más probable. De esta forma, la elección de determinado tipo de parejas agravaría su vulnerabilidad y facilitaría el desarrollo de dinámicas violentas en sus relaciones de pareja.

6. Discusión general

A lo largo de varias décadas, la investigación ha demostrado que la observación de violencia de los progenitores aumenta el riesgo de ejercer o sufrir violencia en las relaciones de pareja que se establecen a partir de la adolescencia (Kaukinen, 2014; Temched et al., 2008; Vagi et al., 2013). Sin embargo, no se conocen bien los mecanismos que explican dicho proceso, por lo que resulta necesario prestar atención a los factores que moderan las consecuencias de este tipo de experiencia (Foshee y Reyes, 2014). Dentro de este marco, los trabajos de esta tesis han analizados distintos correlatos que apuntan a dos posibles mecanismos explicativos. Por un lado, hemos analizado la interpretación de la violencia observada y su relación con el proceso de transmisión. Por otro, nos hemos ocupado de las preferencias a la hora de elegir pareja, como mecanismo que puede hacer más probables los conflictos, e incrementar el riesgo de violencia/victimización entre quienes han estado expuestos a un entorno familiar violento.

Los resultados del primer estudio indican que quienes han sido testigos de la violencia de sus progenitores muestran mayor sensibilidad respecto a los conflictos de pareja que los no expuestos, ya que perciben mayor frecuencia, gravedad y responsabilidad por parte de las personas implicadas. Este resultado ha sido confirmado en otras investigaciones, tal y como se desprende del meta-análisis de Kitzmann et al. (2003). Concretamente, estos autores concluyeron que los niños y niñas que han sido testigos de este tipo de violencia tienden a mostrar afectos y cogniciones más negativas frente a hipotéticos conflictos entre adultos, así como a señalar, más a menudo, que responderían con agresión ante dichos conflictos.

La investigación ha sugerido varios mecanismos para explicar esta mayor sensibilidad. Así, por ejemplo, se ha señalado que la violencia observada en los progenitores tiende a provocar intensas reacciones emocionales que interfieren en la autorregulación (Cummings et al., 2009) y en el desarrollo de los esquemas de apego (Lloyd, 2013). Además, la violencia suele afectar negativamente a la respuesta parental, lo que agrava las consecuencias de la observación (Wolfe, Crooks, Lee, McIntyre-Smith y Jaffe, 2003). En este sentido, los niños y

niñas que muestran resiliencia suelen estar expuestos a una violencia menos grave y contar con madres que mantienen una mejor salud mental y una buena relación con sus hijos e hijas (Menarda, Weiss, Franzeseb y Covey, 2014).

De igual forma, los resultados del primer estudio indicaron que la percepción de los conflictos difiere según se sostengan creencias más o menos tradicionales sobre las mujeres. En concreto, los adolescentes más tradicionales responsabilizaban más a las mujeres; mientras que los menos tradicionales percibían más agresividad en sus padres que en sus madres. Por otro lado, el segundo estudio confirmó la relación entre la interpretación de la experiencia y la violencia manifestada en las relaciones de pareja adolescentes. En este caso, pudimos comprobar que la responsabilidad atribuida a los progenitores tiene mayor peso predictivo que el nivel de exposición en la repetición de la violencia observada.

En conjunto, los resultados de los estudios 1 y 2 subrayan la idea de que los hijos e hijas tienden a interpretar sus experiencias en coherencia con sus creencias, y que dicha interpretación hace más o menos probable que repitan la violencia observada. Esta idea concuerda con las conclusiones de otras investigaciones, que han subrayado la importancia de la interpretación de la experiencia en el proceso de transmisión (Holt, Buckley y Whelan, 2008). Por ejemplo, a través de un estudio longitudinal, Lichter y McCloskey (2004) encontraron que las actitudes tradicionales hacia los roles de género se asociaban con mayor nivel de perpetración y victimización. Además, estos resultados eran independientes del nivel de violencia observado, como también lo era la relación que detectaron entre la aceptación de la violencia y el riesgo de perpetración.

DeBoard-Lucas y Grych (2011) han sugerido que los hijos e hijas tratan de interpretar las causas y consecuencias de la violencia a la que se ven expuestos, lo que les llevaría a desarrollar creencias sobre los conflictos y la violencia en las relaciones. Además, existe evidencia de que la exposición a un entorno familiar violento hace más probable el desarrollo de creencias que justifican el uso de la violencia (Lichter y McCloskey, 2004). En esta línea, los resultados del segundo estudio mostraron una clara relación entre la responsabilidad que los participantes atribuían a sus progenitores y la violencia ejercida en sus propias relaciones (medida esta última a través de sus parejas). Asimismo, sugieren que

tomar partido por uno u otro progenitor resulta clave para predecir el comportamiento en las relaciones.

Aun siendo relevantes para predecir la violencia, Lichter y McCloskey (2004) subrayaron que las creencias sólo explicaban el 20% de la varianza en los casos de transmisión que detectaron en su estudio. En este sentido, se ha empezado a señalar relevancia de las estructuras de conocimiento implícitas y de las funciones ejecutivas en dicho proceso (Jouriles, McDonald, Mueller y Grych, 2012). De hecho, la evidencia parece indicar que tanto las creencias explícitas como las estructuras implícitas contribuyen a la violencia de forma independiente, lo que hace necesaria la intervención en ambas direcciones (Jouriles, Rosenfield, McDonald, Kleinsasser y Dodson, 2013).

Finalmente, en el tercer estudio no hallamos diferencias significativas en las preferencias de “observadores” y “no observadores”, lo que contribuye a reforzar la idea de que la exposición a la violencia no pone en marcha un proceso automático. No obstante, hemos podido confirmar el papel moderador de las preferencias en la relación entre la violencia observada en los progenitores y la violencia/victimización en las relaciones posteriores. En concreto, encontramos que el riesgo de violencia y/o victimización es más elevado entre quienes combinan la exposición a la violencia de los progenitores con preferencias que implican mayor riesgo para sus relaciones. En general, quienes han estado expuestos a niveles elevados de violencia tienen más probabilidad de responder ante los conflictos de forma no constructiva (Crockett y Randall, 2006; Darling, Cohan, Burns y Thompson, 2008). Esto puede traducirse en un estilo más agresivo, pero también en mayor complacencia o evitación de los conflictos. De esta forma, la búsqueda de parejas más conflictivas o con rasgos menos positivos por parte de esas personas puede contribuir a exacerbar sus dificultades, al facilitar que los conflictos sean más frecuentes. En este sentido, la dinámica de estas relaciones podría ser clave para comprender algunos casos de transmisión, al igual que ayuda a entender por qué algunos agresores dejan de comportarse violentamente al cambiar de pareja (Fritz y Slep, 2009; Shortt et al., 2012).

La investigación ha demostrado que el apego inseguro juega un papel mediador en el proceso de transmisión (Godbout, Dutton, Lussier y Sabourin, 2009; Grych y Kinsfogel,

2010). En este sentido, las personas expuestas a un entorno familiar violento tienen mayor probabilidad de desarrollar un estilo de apego inseguro, caracterizado por elevada ansiedad ante el abandono y/o evitación de la intimidad (Davies y Cummings, 1994). Esto hace más probable la aparición de dinámicas disfuncionales en las relaciones, que pueden desembocar en violencia (Fournier, Brassard y Shaver, 2011; Karakurt, Keiley y Posada, 2013). Por otro lado, algunos investigadores han sugerido que las personas con apego inseguro pueden gravitar hacia parejas más abusivas (Shorey, Cornelious y Bell, 2008; Zayas y Shoda, 2007). De hecho, hay constancia de que el estilo de apego de los progenitores puede influir en la elección de pareja (Heffernan y Fraley, 2015). A partir de todo esto, nos propusimos analizar la relación entre los estilos de apego de los participantes, sus preferencias y su posible implicación en relaciones violentas. Los resultados del estudio 3 confirmaron que el riesgo de perpetración era mayor cuando los “observadores” combinaban elevados niveles de evitación y de preferencia por parejas afectuosas. En cambio, dicha preferencia por parejas afectuosas resultó protectora para quienes no habían estado expuestos a la violencia.

Entre las principales limitaciones de esta tesis, no podemos dejar de mencionar el tiempo transcurrido desde su inicio hasta el último estudio. No obstante, la perspectiva temporal permite constatar que el planteamiento inicial era correcto. Los resultados de los dos primeros estudios han encontrado confirmación en las investigaciones posteriores. Hoy en día sabemos que una gran mayoría no repite la violencia observada en sus progenitores (DelSol y Margolin, 2004). La idea de que la interpretación de la experiencia tiene más peso en el proceso de transmisión que el nivel de violencia observado se ha ido asentando progresivamente. Los hijos e hijas tratan de interpretar su experiencia, lo que les puede llevar a desarrollar creencias que justifican el uso de la violencia (Lichter y McCloskey, 2004).

Por otro lado, la tercera investigación abre nuevas vías de investigación y prevención. Por ejemplo, Carbone-Lopez, Rennison y Macmillan (2012) encontraron que la exposición a la violencia de los progenitores es uno de los factores que más pesan en las trayectorias con más de una relación violenta. En este sentido, creemos que el estudio de las preferencias podría ayudar a explicar algunos casos de re-victimización y re-perpetración. Igualmente, parece necesario estudiar las restricciones que el entorno y el estilo de vida imponen a la

elección de pareja. De hecho, empieza a ser evidente que determinados entornos comunitarios concentran una gran proporción de casos de violencia de género (Gracia, López-Quílez, Marco, Lladosa y Lila, 2015). Asimismo, el barrio como el grupo de iguales pueden contribuir al inicio de trayectorias de victimización (Gonzalez-Mendez, Martín y Hernandez-Abrante, 2014).

El estudio de las preferencias apunta también a un nuevo factor de protección, que puede ser objeto de intervención. Analizar las razones que llevan a los y las adolescentes a preferir determinado tipo de parejas puede ofrecer luz en esta dirección. Asimismo, estudiar los cambios en las preferencias de las personas que logran dejar atrás sus primeras relaciones conflictivas puede señalar cómo ayudar a quienes no lo consiguen.

7. Conclusiones generales

A partir de los estudios realizados en esta tesis, es posible destacar las siguientes conclusiones:

- Quienes han observado la violencia de sus progenitores muestran mayor sensibilidad frente a los conflictos de pareja que quienes no han vivido dicha experiencia. Esto se evidencia a través de estimaciones más elevadas de frecuencia, gravedad y responsabilidad frente a distintos conflictos hipotéticos.
- La responsabilidad que se atribuye a las parejas por sus conflictos difiere significativamente en función de las creencias sobre las mujeres. Por un lado, los participantes más tradicionales tienden a atribuir más responsabilidad a las mujeres que los menos tradicionales. Por otro lado, los participantes menos tradicionales también estimaron mayor nivel de agresividad en sus padres que en sus madres, mientras que los más tradicionales no mostraron diferencias en dichas estimaciones.
- Existe una relación significativa entre el nivel de responsabilidad que los participantes atribuyen a sus progenitores por sus conflictos y el nivel de agresión que, según sus parejas, los participantes manifiestan en sus propias relaciones.

- El riesgo de violencia en los hijos e hijas varía según el género del progenitor al que atribuya mayor responsabilidad por los conflictos maritales. En este sentido, los resultados sugieren que la violencia es más probable cuando la violencia observada se interpreta de forma favorable al progenitor del mismo sexo.
- Haber observado la violencia de los progenitores no se asocia a un mayor interés por parejas conflictivas. Sin embargo, la combinación de ambas condiciones aumenta significativamente el riesgo de violencia y/o victimización en las relaciones de pareja.
- Concretamente, el riesgo de perpetración en las relaciones es mayor entre quienes han observado la violencia de sus progenitores y muestran mayor preferencia por rasgos conflictivos (rebeldes, celosas, etc.) y menor interés por rasgos positivos (honestidad, sentido del humor).
- Por su parte, el riesgo de sufrir victimización por parte de la pareja es mayor entre quienes han observado la violencia de sus progenitores y muestran menor preferencia por parejas con rasgos positivos (honestidad, sentido del humor).
- Al analizar los estilos de apego, no encontramos diferencias significativas en los niveles de ansiedad y evitación de “observadores” y “no observadores”.
- La preferencia por parejas afectuosas (cariñosas y románticas) modera el riesgo de perpetración entre aquellos que puntúan alto en evitación. Concretamente, los altos en evitación que prefieren parejas más afectuosas tienen más riesgo de comportarse agresivamente si han sido “observadores”, pero menor riesgo si no han observado violencia. Por el contrario, aquellos que prefieren parejas menos afectuosas no difieren en su nivel de riesgo, independientemente de que hayan estado expuestos o no a la violencia de sus progenitores.
- El análisis de las preferencias a la hora de formar pareja abre una nueva vía de investigación. Así, parece necesario identificar si el origen de tales preferencias está en las normas del grupo de iguales y/o en las inseguridades de los y las adolescentes.

Esto ofrecería información útil para trazar nuevos objetivos de intervención en programas de prevención de la violencia en las relaciones románticas.

Referencias

- Anderson, C. A. y Bushman, B. J. (2002). Human aggression. *Annual Review of Psychology*, 53, 27-51. doi: 10.1146/annurev.psych.53.100901.135231
- Barnett, O., Miller-Perrin, C. L. y Perrin, R. T. (2005). *Family Violence across the Lifespan: An Introduction* (Segunda Edición). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Berscheid, E. y Reis, H. T. (1998). Attraction and close relationships. En D. T. Gilbert y S. T. Fiske (Eds.), *The handbook of social psychology* (Vol. 2, 4th ed., pp. 193–281). New York: Oxford University Press.
- Betancourt, H. y Blair, I. (1992). A cognition (attribution)-emotion model of violence in conflict situations. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 18, 343-350. doi: 10.1177/0146167292183011
- Capaldi, D.M. y Gorman-Smith, D. (2003). The development of aggression in young male-female couples. En: P. Florstheim (Ed.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research, and practical implications* (pp. 243–278). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Carbone-Lopez, K., Rennison, C. M. y Macmillan, R. (2012). The transcendence of violence across relationships: new methods for understanding men's and women's experiences of intimate partner violence across the life course. *Journal of Quantitative Criminology*, 28, 319-346. doi: 10.1007/s10940-011-9143-9
- Colman, R. A. y Widom, C. P. (2004). Childhood abuse and neglect and adult intimate relationships: a prospective study. *Child Abuse & Neglect*, 28, 1133-1151. doi: 10.1016/j.chiabu.2004.02.005
- Crockett, L. J. y Randall, B. A. (2006). Linking adolescent family and peer relationships to the quality of young adult romantic relationships: The mediating role of conflict tactics. *Journal of Social and Personal Relationships*, 23, 761-780. doi:10.1177/0265407506068262
- Cummings, E. M., El-Sheikh, M., Kouros, C. D. y Buckhalt, J. A. (2009). Children and violence: The role of children's regulation in the marital aggression–child adjustment link. *Clinical Child and Family Psychological Review*, 12, 3-15. doi: 10.1007/s10567-009-0042-7

- Darling, N., Cohan, C.L., Burns, A.R., y Thompson, L. (2008). Within family conflict behaviors as predictors of conflict in adolescent romantic relations. *Journal of Adolescence*, 31, 671-690. doi: 10.1016/j.adolescence.2008.10.003
- Davies, P. T. y Cummings, E. M. (1994). Marital conflict and child adjustment: An emotional security hypothesis. *Psychological Bulletin*, 116, 387-411. doi: 10.1037//0033-2909.116.3.387
- DeBoard-Lucas, R. L. y Grych, J. H. (2011). Children's perceptions of intimate partner violence: causes, consequences, and coping. *Journal of Family Violence*, 26, 343-354. doi: 10.1007/s10896-011-9368-2
- DeSol, C. y Margolin, G. (2004). The role of family-origin violence in men's marital violence perpetration. *Clinical of Psychology Review*, 24, 99-122. doi: 10.1016/j.cpr.2003.12.001
- Doumas, D., Margolin, G., y John, R. S. (1994). The intergenerational transmission of aggression across three generations. *Journal of Family Violence*, 9, 15-27. doi: 10.1007/BF01531961
- Finkelhor, D., Ormrod, R. y Turner, H. (2009). Lifetime assessment of poly-victimization in a national sample of children and youth. *Child Abuse and Neglect*, 33, 403-411. doi:10.1016/j.chiabu.2008.09.012
- Foshee, V. A. y Reyes, H. L. M. (2014). Dating abuse: Prevalence, consequences, and predictors. En R. J. R. Levesque (Ed.), *Encyclopedia of Adolescence*. Londres: Springer (pp 602-615).
- Fournier, B., Brassard, A. y Shaver, P. R. (2011). Adult attachment and male aggression in couple relationships: the demand-withdraw communication pattern and relationship satisfaction as mediators. *Journal of Interpersonal Violence*, 26, 1982-2003. doi: 10.1177/0886260510372930
- Frisell, T., Lichtenstein, P. y Långström, N. (2010). Violent crime runs in families: a total population study of 12.5 million individuals. *Psychological Medicine*, 41, 97-105. doi: 10.1017/s0033291710000462

- Fritz, T. y Slep, A. (2011). Stability of physical and psychological adolescent dating aggression across time and partners. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 38, 303-314. doi: 10.1080/15374410902851671
- Godbout, N., Dutton, D. G., Lussier, Y. y Sabourin, S (2009). Early exposure to violence, domestic violence, attachment representations, and marital adjustment. *Personal Relationships*, 16, 365–384. doi: 10.1111/j.1475-6811.2009.01228.x
- Gonzalez-Mendez, R., Martín, A. y Hernández-Abrante (2014). At the end of a fairy tale: romantic relationships in female juvenile offenders. *The Journal of Forensic Psychiatry & Psychology*, 25, 584-599. doi: 10.1080/14789949.2014.943794
- Gracia, E., López-Quílez, A., Marco, M., Lladosa, S. y Lila, M. (2015). The spatial epidemiology of intimate partner violence: Do neighborhoods matter? *American Journal of Epidemiology*. doi: 0.1093/aje/kwv016
- Grych, J. H. y Kinsfogel, K. M. (2010). Exploring the role of attachment style in the relation between family aggression and abuse in adolescent dating relationships. *Journal of Aggression, Maltreatment & Trauma*, 19, 624-640. doi:10.1080/10926771.2010.502068
- Hamby, S., Finkelhor, D., Turner, H. y Ormrod, R. (2010). The overlap of witnessing partner violence with child maltreatment and other victimizations in a nationally representative survey of youth. *Child Abuse & Neglect*, 34, 734-741. doi: 10.1016/j.chiabu.2010.03.001
- Heffernan, M. E. y Fraley, R. C. (2015). How early experiences shape attraction, partner preferences, and attachment dynamics. En V. Zayas y C. Hazan (Eds.), *Bases of adult attachment*. (pp. 107-128). Londres: Springer. doi: 10.1007/978-1-4614-9622-9
- Hendy, H. M., Weiner, K., Bakerofskie, J., Eggen, D., Gustitus, C. y McLeod, K. C. (2003). Comparison of six models for violent romantic relationships in college men and women. *Journal of Interpersonal Violence*, 18, 645-665. doi: 10.1177/0886260503251180
- Holt, S. B., Buckley, H. y Whelan, S. (2008). The impact of exposure to domestic violence on children and young people: A review of the literature. *Child Abuse & Neglect*, 32, 797-810. doi:10.1016/j.chiabu.2008.02.004

- Holtzworth-Munroe, A. y Hutchinson, G. (1993). Attributing negative intent to wife behavior: The attributions of maritally violent versus nonviolent men. *Journal of Abnormal Psychology*, 102(2), 206-211 doi: 10.1037/0021-843X.102.2.206
- Jouriles, E. N., McDonald, R., Mueller, V. y Grych, J. H. (2012). Youth experiences of family violence and teen dating violence perpetration: Cognitive and emotional mediators. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 15, 58-68. doi: 10.1007/s10567-011-0102-7
- Jouriles, E. N., Rosenfield, D., McDonald, R., Kleinsasser, A., y Dodson, M. C. (2013). Explicit beliefs about aggression, implicit knowledge structures, and teen dating violence. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 41, 789-799. doi: 10.1007/s10802-013-9717-0.
- Karakurt, G., Kelley, M. y Posada, G.(2013) Intimate Relationship Aggression in College Couples: Family-of-Origin Violence, Egalitarian Attitude, Attachment Security. *Journal of Family Violence*, 28(6): 561–575. doi: 10.1007/s10896-013-9526-9
- Kaukinen, C. (2014). Dating violence among college students: the risk and protective factors. *Trauma, Violence, & Abuse*, 15, 283-296. doi: 10.1177/1524838014521321.
- Kerley, K., Xiaohe, X., Sirisunyaluck, B. y Alley, J. (2010). Exposure to Family Violence in Childhood and Intimate Partner Perpetration or Victimization in Adulthood: Exploring Intergenerational Transmission in Urban Thailand. *Journal of Family Violence*, 25, 337-347. doi: 10.1007/s10896-009-9295-7.
- Kitzmann, K. M., Gaylor, N. K., Holt, A. R. y Kenny, E. D. (2003). Child witnesses to domestic violence: A meta-analytic review. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 339-352. doi: 10.1037/0022-006x.71.2.339
- Lichter, E. L. y McCloskey, L. A. (2004). The effects of childhood exposure to marital Violence on adolescent gender-role beliefs and dating violence. *Psychology of Women Quarterly*, 28, 344-357. doi: 10.1111/j.1471-6402.2004.00151.x
- Lloyd, S. A. (2013). Family violence. En G. W. Peterson y K. R. Busch (Eds.), *Hanbook of marriage and the family*. Oxford: Springer.

- Margolin, G. y Gordis, E. (2000). The Effects of Family and Community Violence on Children. *Annual Review of Psychology*, 51, 445-479. doi: 10.1146/annurev.psych.51.1.445
- Menarda, S., Weiss, A. J., Franzeseb, R. J. y Covey, C. C. (2014). Types of adolescent exposure to violence as predictors of adult intimate partner violence. *Child Abuse & Neglect*, 38, 627-639. doi: 10.1016/j.chiabu.2014.02.001
- O'Hearn, H. G. y Margolin, G. (2000). Men's attitudes condoning marital aggression: A moderator between family of origin abuse and aggression against female partners. *Cognitive Therapy and Research*, 24, 159-174. doi: 10.1023/A:1005493908363
- Olaya, B., Ezpeleta, L., De la Osa, N., Granero, R. y Doménech, J. M. (2010). Mental health needs of children exposed to intimate partner violence seeking help from mental health services. *Children and Youth Services Review*, 32, 1004-1011. doi: 10.1016/j.chidyouth.2010.03.028
- Orobio, B., Veerman, J. W., Koops, W., Bosch, J. D. y Monshouwer, J. H. (2002). Hostile attribution of intent and aggressive behavior: A meta-analysis. *Child Development*, 73, 916-934. doi: 0009-3920/2002/7303-0017
- Patrick, C. y Vaidyanathan, U. (2011). Coming to grips with the cycle of violence. A commentary on: 'Violent crime runs in families: A total population study of 12.5 million individuals' by Frisell et al. (2010). *Psychological Medicine*, 41, 41-45. doi: 10.1017/S0033291710000760
- Rhule-Louie, D.M. y McMahon, R. J. (2007). Problem behavior and romantic relationships: Assortative mating, behavior contagion, and desistance. *Clinical Child and Family Psychology Review*, 10, 53-100. doi:10.1007/s10567-006-0016-y
- Shortt, J. W., Capaldi, D. M., Kim, H. K., Kerr, D. C. R., Owen, L. D. y Feingold, A. (2012). Stability of intimate partner violence by men across 12 years in young adulthood: effects of relationship transitions. *Prevention Science*, 13, 360-369. doi: 10.1007/s11121-011-0202-0
- Shorey, R. C., Cornelious, T. L. y Bell, K. M. (2008). A critical review of theoretical frameworks for dating violence: Comparing the dating and marital fields. *Aggression and Violent Behavior*, 13, 185-194. doi: 10.1016/j.avb.2008.03.003

- Stith, S. M., Liu, T., Davies, L. C., Boykin, E. L., Alder, M. C., Harris, J. M., Som, A., McPherson, M., Dees y J.E.M.E.G. (2009). Risk factors in child maltreatment: A meta-analytic review of the literature. *Aggression and Violent Behavior, 14*, 13-29. doi: 10.1016/j.avb.2006.03.006
- Straus, M. A., Gelles, R. J., y Steinmetz, S. K. (1980). *Behind closed doors: Violence in the American family*. New York: Anchor
- Temched, C., Serbin, L., Martin-Storey, A., Stack, D., Hodgins, S., Ledingham, y Schwartzman, A. E. (2008). Continuity and pathways from aggression in childhood to family violence in adulthood: A 30-year longitudinal study. *Journal of Family Violence, 23*, 231-242. doi: 10.1007/s10896-007-9147-2
- Vagi, K., J., Rothman, E., Latzman, N. E., Tharp, A. T., Hall, D. M. y Breiding, M. J. (2013). Beyond correlates: A review of risk and protective factors for adolescent dating violence perpetration. *Journal of Youth and Adolescence, 42*, 633-649. doi:10.1007/s10964-013-9907-7
- Wekerle, C. y Wolfe, D. (2003). Child maltreatment. En E. J. Mash y R. A. Barkley (Eds.), *Child psychopathology* (pp. 632-684). Nueva York: Guilford Press.
- Werry, J. N., Medford, E. A. y Corson, K. (2015). Symptomatology of children exposed to domestic violence. *Journal of Child and Adolescent Trauma*. doi: 10.1007/s40653-015-0048-x
- Widom, C. S., Czaja, S. y Dutton, M. A. (2014). Child abuse and neglect and intimate partner violence victimization and perpetration: A prospective investigation. *Child Abuse & Neglect, 38*, 650–663. doi: 10.1016/j.chiabu.2013.11.004
- Wilson, S. R., Rack, J. J., Shi, X. y Norris, A. M. (2008). Comparing physically abusive, neglectful, and non-maltreating parents during interactions with their children: A meta-analysis of observational studies. *Child Abuse & Neglect, 32*, 897-911. doi: 10.1016/j.chiabu.2008.01.003
- Wolfe, D. A., Crooks, C. V., Lee, V., McIntyre-Smith, A. y Jaffe, P. G. (2003). The effects of children's exposure to domestic violence: A meta-analysis and critique. *Clinical Child and Family Psychology Review, 6*, 171-187. doi: 10.1023/a:1024910416164

Zayas, V. y Shoda, Y. (2007). Predicting preferences for dating partners from past experiences of psychological abuse: Identifying the psychological ingredients of situations. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 33, 123-138. doi: 10.1177/0146167206293493